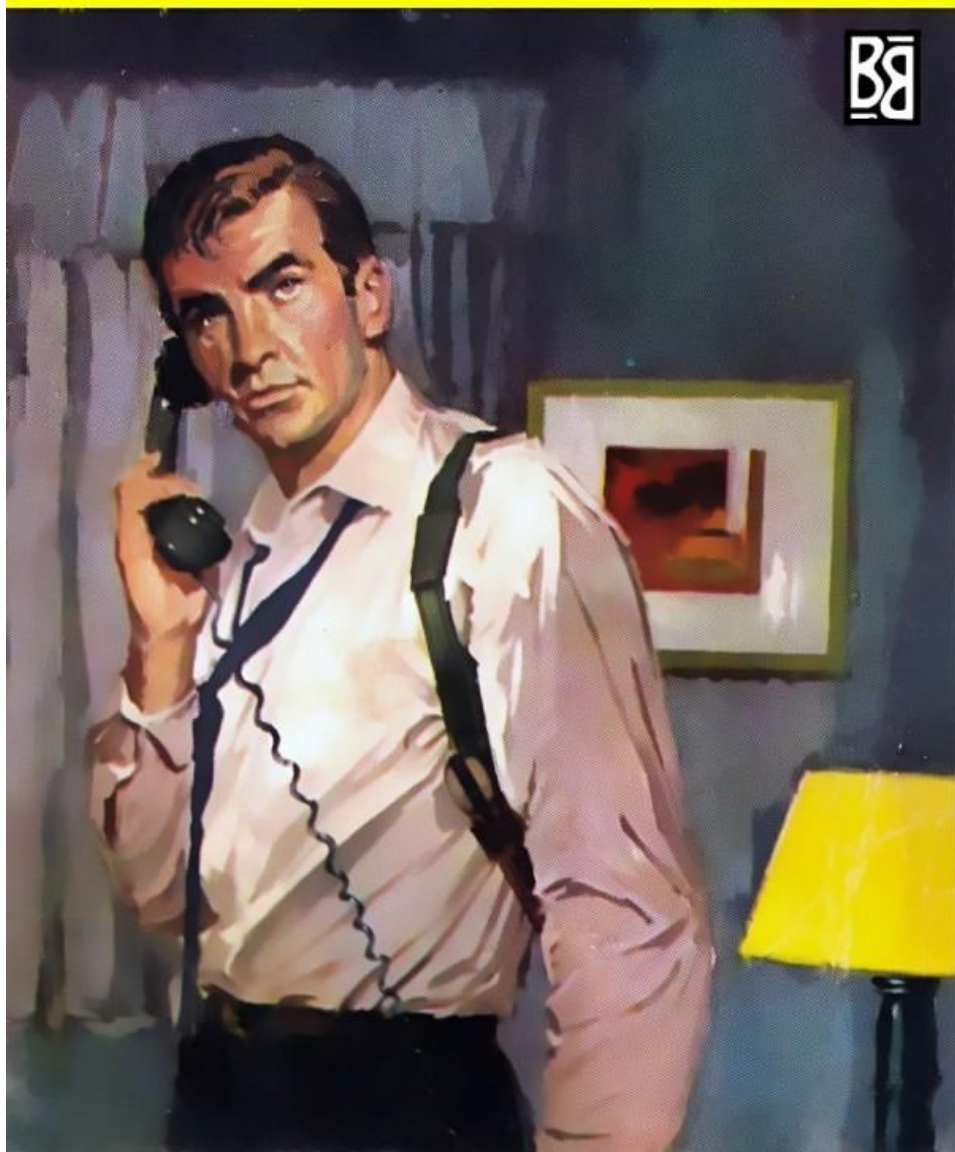


PUNTO
ROJO

no llores ante mi fosa

silver kane

B&B





SILVER KANE

NO LLORES ANTE MI FOSA



Colección PUNTO ROJO n.º 178
Aparece los SABADOS
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 21362-1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.^a edición: Setiembre 1965

© SILVER KANE - 1965

sobre el texto literario

© JORGE SAMPER - 1965

sobre la cubierta

© COSTA - 1965

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1965

N. R. 4920/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

921 — Jinetes en la niebla.

En Colección SERVICIO SECRETO:

787 — Flores para la muerta.

En Colección SALVAJE TEXAS:

451 — La viuda de Satanás.

En Colección KANSAS:

315 — Hijo de la muerte.

En Colección BÚFALO:

593 — El zorro y la tigresa.

En Colección ASES DEL OESTE:

320 — La ciudad de los fantasmas.

En Colección PUNTO ROJO:

175 — Pasos junto a mi tumba.

En Colección METRALLA:

49— ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

143 — El hotel de las brumas.

En Colección BRAVO OESTE:

220 — El jinete de Nebraska.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

19 — Rumbo al Más Allá.

En Colección COLORADO:

409 — Los caballistas.

En Colección CALIFORNIA:

459 — Vendo mi cadáver.

UNO

Estaba acorralado.

Desde la amplia plataforma para el aterrizaje de helicópteros no podía escapar a ninguna parte.

Por un lado, atrás, tenía la amplia Holstenwall, una de las autopistas más importantes del interior de Hamburgo, y no era precisamente una buena salida arrojarle a ella desde sesenta metros de altura.

Al otro lado tenía los jardines de la Grosse Wall-An-lagen, un sitio ideal para ocultarse, pero desgraciadamente no podía llegar hasta ellos a menos que aprendiera a convertirse en un pájaro.

Bajo sus pies, la enorme estructura metálica, montada en lo más alto del edificio, parecida a la cubierta de un portaaviones. Todo perfectamente preparado para el aterrizaje de los helicópteros.

Y delante de él, cerrándole el último camino hacia la salvación —las escaleras que llevaban hasta los pisos inferiores—, estaban aquellos tres hombres.

Conan los miró atentamente, uno tras otro, como si se divirtiera con ello. Pero sabía bien que quizá era lo último que iba a hacer en esta vida.

Los tres tipos eran tres gigantes. Rubios, fuertes, quizá demasiado gruesos, tenían esa pesadez característica de los luchadores alemanes. Pero se movían con seguridad, de una manera científica, y le estaban acorralando.

Llevaban cuchillos.

Conan intentó buscar un sitio por donde escabullirse, y se dio cuenta de que no le quedaba espacio. Le acuchillarían si intentaba llegar hasta las escaleras, único camino de salvación que le quedaba.

Se fijó en que los tres gigantes llevaban auriculares, parecidos a los que empleaban los radiotelegrafistas a bordo de los aviones, los cuales estaban dotados también de una pieza para recoger la voz. Esa pieza, sujeta a una anilla, quedaba justamente frente a las bocas de los tres hombres.

Mediante aquello podían hablar y recibir instrucciones. Eran como tres tanques dirigidos por radio que acorralan al enemigo lenta e implacablemente.

Conan calculó sus posibilidades.

Ninguna.

Era inútil intentar escapar a las cuchilladas de aquellos tres mastodontes, cuyos aceros se encontraban ya a diez pasos de distancia.

Conan sintió el frío de la muerte en el cuerpo, pero sonrió como si fuera un artista de cine.

Él era así de idiota.

* * *

Tres pisos más abajo, en la soberbia sala de juntas de la «Multifabrik», adornada con auténticos lienzos holandeses, ornada con muebles macizos de caoba, los cuales descansaban sobre el lujoso parquet en madera fina de nogal, *herr* Meier, el director general, alzaba su copa.

—Por nuestro éxito, señores.

Los cinco consejeros, todos ellos gruesos, fuertes y magníficamente vestidos, levantaron sus copas también.

—Por nuestro éxito.

Las copas fueron vaciadas y luego depositadas sobre la magnífica bandeja de plata.

—¿Qué ha sido de nuestro amigo? —preguntó uno de los consejeros.

—Pronto lo liquidarán. Voy a comprobarlo.

El importante, distinguido y aristocrático *herr* Meier se dirigió hacia el modernísimo equipo de radio que ocupaba uno de los lados del fondo de la pieza.

Había allí cinco palanquitas, sobre tres de las cuales brillaban sendas lucecitas rojas.

Meier movió una.

Inmediatamente percibió el sonido de la respiración del hombre que estaba arriba, ante la boquilla, en la pista de helicópteros.

En los auriculares del hombre a quien correspondía aquella palanquita sonó un leve zumbido.

—Número uno. A sus órdenes, *herr* Meier.

—¿Qué ha ocurrido con ese hombre?

—Lo tenemos acorralado, *herr* Meier.

—¿Cómo no habéis acabado aún con él?

—Queremos asegurarnos.

El poderoso *herr* Meier hizo un gesto de impaciencia.

—¿Cuánto vais a tardar?

—Dos minutos a lo sumo. Está completamente acorralado al borde de la plataforma. No puede escapar, *herr* Meier.

—Yo os diré lo que tenéis que hacer.

—Ordene, *herr* Meier.

—Cuando lo hayáis acuchillado, dejadle que se desangre sobre la plataforma.

—Desde luego.

—Después la limpiáis bien con mangueras. No quiero que quede ni una sola huella.

—Sí, *herr* Meier.

—Hecho esto, me llamáis. Yo ordenaré a uno de los helicópteros que sobrevuele la pista. Colocáis el cuerpo en una camilla como si se tratase de un herido. Engancháis el cable del helicóptero, cuando este se presente, y será izado. El piloto se encargará de arrojar el cuerpo al mar, en un sitio donde jamás pueda ser encontrado.

—Así lo haremos, *herr* Meier. Seguiremos sus instrucciones punto por punto.

—Es el único remedio que os queda para que todo salga bien, imbéciles. ¿Qué cara pone ese tipo? ¿Qué hace?

La voz contestó desde arriba.

—Ha debido volverse loco, *herr* Meier.

—¿Por qué?

—Porque el fulano se está riendo.

* * *

La primera cuchillada vino enviada por el tipo de la izquierda, según había calculado ya Conan. Este se ladeó, esquivó la primera acometida y echó a correr por el borde de la pista.

Había allí una leve barandilla, pero muy baja. No representaba protección para un hombre que tuviese que hacer gestos violentos. Conan percibió los resoplidos de los tres hombres, que le perseguían a poca distancia.

Les había ganado esta vez por mayor velocidad de reflejos, pero no sabía si iba a poder hacerlo nuevamente. Seguro que no. Ahora, en realidad, su situación era peor, porque estaba acorralado junto a la barandilla, al borde mismo de la pista.

Uno de los atacantes siguió persiguiéndole. Los otros dos se desviaron para cortarle el paso.

Conan se detuvo de pronto.

Movió las dos piernas, dando media vuelta.

¡Y atacó!

Sabía que, muerto por muerto, al menos era mejor luchar. En eso no coincidió con su gordo enemigo.

Este pensaba que Conan se limitaría a intentar huir como una liebre hasta que le clavasen una buena cuchillada entre los omóplatos.

Cuando le vio atacar, se quedó lívido.

Sintió un golpe en la mano armada, un golpe brutal que por poco le astilla la muñeca, y soltó el cuchillo. Inmediatamente se notó suspendido en el aire.

Lanzando un grito de agonía, cayó al abismo.

No llegó hasta la calle, porque una plataforma lateral surgía de uno de los costados del edificio, unos cinco metros más abajo. El corpachón del

gigante cayó sobre el metal de las planchas y se rompió la columna vertebral.

Estaba listo.

Pero Conan no pudo entretenerse contemplando el instructivo espectáculo. Los otros dos tipos se abalanzaban ya sobre él.

Conan se arrojó al suelo.

Los dos gigantes chocaron. Sus reflejos tardíos no les permitieron rectificar. Conan, desde el suelo, les golpeó con ambos pies. Vacilaron al borde de la barandilla.

Pero no cayeron.

Estaban entrenados en aquella clase de lucha, y además ahora se daban cuenta de que se enfrentaban a un enemigo realmente temible. Uno de ellos se lanzó en tromba sobre Conan, buscando obligarle a dar dos vueltas sobre sí mismo, hacia la izquierda. Allí le aguardaba el otro, con el cuchillo preparado.

Pero su primer enemigo, al avanzar, le ofrecía descubierto el bajo vientre. Era un descuido demasiado grave, y Conan no estaba en situación de desaprovecharlo. El puntapié hizo lanzar al gigante un terrible aullido de dolor. Cayó hacia atrás, retorciéndose, mientras el segundo adversario se lanzaba.

Conan alzo los brazos y le sujetó en el último segundo.

Con la izquierda mantuvo quieta la derecha de su enemigo, que era la que sostenía el cuchillo, y con la mano libre fue a introducirle los dedos en los ojos.

No lo consiguió.

Su enemigo era demasiado hábil para dejarse atrapar en un golpe tan elemental, pero hubo de hacer por fuerza un gesto defensivo.

Aquello permitió que Conan se lo sacudiera de encima con una torsión de todo su cuerpo. Los dos hombres quedaron de rodillas sobre la plancha metálica y se pusieron en pie a la vez.

El otro, con las manos apretadas sobre el bajo vientre, seguía aullando sin cesar.

Conan, antes de que su adversario pudiera emplear el cuchillo, le propinó un terrible golpe al mentón... Vio caer a su enemigo con los brazos en cruz y mucho más velozmente de lo que hubiera podido imaginar. Poco después se oía el «ploc» siniestro de su cuerno sobre la plataforma inferior. La delgada barandilla de la pista no había podido resistir el terrible impacto.

El cuchillo quedó quieto en el borde mismo de la pista, a punto de caer. Conan se lanzó para sujetarlo.

Su tercer enemigo, dominando los terribles dolores que aún debía sentir en el bajo vientre, avanzaba hacia él. Pero ya no era un enemigo temible, sino una mole sin control que avanzaba titubeante al encuentro de no

sabía qué.

Y lo que encontró fue un cuchillo.

Conan lo había lanzado con la maestría de un auténtico navajero, y la lengua metálica se clavó hasta las cachas en el corazón de su enemigo. Este dio un par de boqueadas, abrió los brazos y cayó de espaldas, todavía con un gesto de estupor en su ancho rostro.

Conan se puso del todo en pie.

Estaba aturdido.

Sentía lo mismo que si acabara de salir de una monumental borrachera. Todo daba vueltas en torno suyo, especialmente visto desde lo alto de la monumental plataforma. Toda la enorme ciudad de Hamburgo, vista a la luz de la plácida mañana, se había convertido en un tiiovivo inmenso.

Tuvo que apoyarse en la barandilla para no caer, y al fin consiguió serenarse.

Comprendía que no podía perder tiempo.

Había oído hablar antes a uno de sus enemigos, y le retiró inmediatamente los auriculares, poniéndoselos él mismo. Movi6 la pequeña palanca que establecía la comunicación.

Abajo, en la solemne sala de juntas, sonó un pequeño zumbido. La luz roja, sobre una de las palanqueas, se hizo verde. Ello indicaba que uno de los hombres situados en la plataforma pedía comunicación.

El poderoso *herr* Meier movió aquella palanquita.

—Número tres... —dijo.

Conan, arriba, arqueó una ceja.

De modo que el tipo de la cuchillada en el corazón era el número tres. Bueno, ¿qué más daba?

—Sí —dijo.

—¡Imbécil! ¡No estaréis enseñados nunca! ¡Se dice «Sí, *herr* Meier!».

—Sí, *herr* Meier.

—¿Ya está ese fulano listo?

«El fulano soy yo —pensó Conan—. Así da gusto.»

—Sí, *herr* Meier. Acuchillado como usted ordenó.

—Habéis tardado mucho. Y tienes la voz muy rara.

—Ese hijo de perra me ha dado un buen golpe antes de morir, *herr* Meier. Tengo la boca llena de sangre.

—Ya te curarás. Ahora escucha.

—Sí, *herr* Meier.

—Las mangueras están a la derecha de la plataforma. Son las de incendios. No quiero nada de sangre, de modo que usarás una de ellas para quitar todo rastro rojo una vez se haya desangrado ese cerdo. Mientras tanto, yo llamaré un helicóptero.

—Sí, *herr* Meier.

—Hay unas camillas provistas de todo lo necesario para que el

helicóptero pueda izarlas. Están en el departamento sanitario, en el lado oeste de la pista. Toma una de ellas y pon el cadáver. Cuando el helicóptero aparezca, que la ice. Bueno, basta de palabrería. Número uno ya sabe exactamente lo que hay que hacer.

—Desde luego, *herr* Meier. ¿Quiere hablar con él?

Conan sudaba de angustia, esperando la respuesta. Sabía que si de nuevo subían a por él, ya no tendría tanta suerte como la primera vez. Ahora le degollarían.

La voz pareció llegar desde muy lejos, a pesar de que llevaba los auriculares pegados a los oídos.

—¿Para qué voy a querer hablar con ese estúpido? ¡Haced lo que os he ordenado y nada más!

La comunicación se cortó inmediatamente.

Abajo dejaron de estar encendidas las tres lucecitas rojas sobre las tres palancas.

El poderoso *herr* Meier respiró como el que acaba de firmar un contrato favorable.

Luego se frotó, las manos. El asunto había terminado.

* * *

Conan, arriba, hizo un rápido examen de la situación.

Llegó a la conclusión de que podía hacer dos cosas.

Una, bajar a las plantas inferiores y tratar de llegar al despacho privado de *herr* Meier y a la sala donde este se reunía con sus consejeros.

Dos, salir de allí por los aires.

¿Qué era mejor?

No tuvo tiempo de pensarlo demasiado. En aquel momento vio sobre el gris cielo de Hamburgo un puntito oscuro.

El helicóptero estaba allí.

Conan sujetó por debajo de los hombros al cadáver, lo llevó hasta el borde de la pista y gruñó:

—Buen viaje.

El tipo cayó sobre la plataforma lateral, donde ya estaban sus dos compañeros.

El helicóptero descendía, pero quizá su piloto aún no veía bien lo que estaba ocurriendo en la plataforma.

Conan, a toda la velocidad de sus piernas, corrió hacia el departamento sanitario.

Extrajo una camilla, la puso a un lado de la pista y se tendió en ella, como si fuese el muerto.

El helicóptero se acercaba. El ruido de sus aspas ya era claramente perceptible, hendiendo el aire.

El piloto lanzó una maldición.

¿Dónde infiernos estaban los otros? ¿Cómo iba a sujetar el gancho a la camilla?

Hizo bajar el cable, y él mismo descendió con su aparato todo lo posible.

Los nervios de Conan estaban a punto de estallar.

Veía el helicóptero sobre su cabeza como si fuera un ataúd con aspas.

El gancho rozó el sólido sujetador de la camilla. Vio, a través de los párpados entornados, la cabeza del ayudante del piloto, que asomaba por la abierta portezuela.

Si se daban cuenta de la superchería estaba listo. Ahora ya no podría moverse.

El helicóptero descendió un poco más.

DOS

El gancho no acertaba con el sujetador de la camilla. Solo lo rozaba, pero sin aferrarse a él. El piloto del helicóptero tenía que hacer un trabajo infernal para subir aquel paquete sin que nadie le ayudara desde abajo.

—¿Pero dónde están los otros? —gritó—. ¿Qué clase de maldita broma es esta?

Claro que el muerto no podía oírle, y Conan era un «muerto de primera calidad. El piloto debió comprenderlo así, porque dejó de lanzar gritos desde arriba.

Su ayudante, mientras tanto, vigilaba la difícil maniobra.

En un momento determinado pasaron a muy poca distancia de un punto desde el que podía distinguirse la plataforma inferior en la que yacían los tres cadáveres. Conan sintió que sudaba tinta al pensar que los del helicóptero podían distinguirlos.

¡Todo estaría perdido!

Pero el aparato dibujó un giro, se acercó de nuevo y esta vez el gancho se apoderó firmemente del sujetador de la camilla.

La ascensión empezó.

Lentamente al principio, con más rapidez después. Conan, aunque no podía moverse ni se atrevía a abrir los ojos, se daba cuenta de que estaba ya suspendido a considerable altura sobre la ciudad de Hamburgo. El cable del helicóptero empezó a ser recogido por este.

Conan miró un poco por entre sus párpados entornados. Vio la panza del aparato apenas a dos metros.

«Cuando intenten hacerme entrar en el helicóptero actuaré, pero... ¿y si se dan cuenta antes? ¿Qué hago yo si esos tipos, mientras estoy colgado, ven que no soy el muerto?»

Entonces estaría perdido.

No podría hacer nada.

Su propio sudor ahogaba a Conan, mientras el cable iba siendo recogido poco a poco.

Estaba ya a medio metro de la puerta del helicóptero.

A treinta centímetros escasos.

¡Conan ya podía ver, por entre sus pestañas, hasta el blanco de los ojos del ayudante del piloto!

¡Y de pronto este le apuntó con una metralleta!

TRES

El ayudante del piloto se había dado cuenta que lo que tenía abajo, colgando del cable, no era un muerto.

Se había dado cuenta también de que aquello era una trampa y de que debía obrar con rapidez.

Apuntó mejor... ¡y se dispuso a disparar!

Solo que Conan no se había estado quieto.

Sabía que dentro de unos segundos estaría muerto. De modo que tensó todos los músculos... ¡y saltó!

La ráfaga barrió la camilla donde él había estado tumbado hasta unos segundos antes.

Conan, sujeto al cable, arqueó todo el cuerpo y proyectó las piernas hacia adelante. El doble impacto hizo que la metralleta saltara de las manos del copiloto. Este lanzó un grito, mientras se disponía a pasar más al interior del helicóptero.

Sin duda tendría allí otras armas. Le bastaría con una pistola para acabar con Conan tranquilamente, sin exponerse ahora a sacar fuera del aparato el cañón del arma. Solo que Conan no le dejó aquella oportunidad.

Trepó por el cable ansiosamente, con la agilidad de un simio, mientras su enemigo estaba dentro.

Mientras tanto, la ráfaga de la metralleta ya había sido oída desde la calle.

Ahora el helicóptero sobrevolaba una zona densamente poblada, como la de la Kaiser Wilhelm Strasse. Fueron muchas las personas que se dieron cuenta de que algo terrible estaba sucediendo allá arriba, en aquel aparato que sobrevolaba los tejados a poca altura. La más cercana estación de la Polizei fue inmediatamente avisada.

Conan arqueó de nuevo el cuerpo, al llegar a la altura del suelo del helicóptero, y quedó con las piernas apoyadas en el interior de este.

Vio al copiloto de espaldas, buscando algo junto a la estación de radio.

De pronto aquel hombre se volvió.

En su mano derecha relucía una «Luger». Conan se soltó del cable, para evitar desesperadamente el balazo, y el plomo pasó a unos centímetros de su cabeza... ¡pero él quedó colgando en el vacío!

Estaba solo sujeto por ambas manos a la estructura del helicóptero. Una sola mirada hacia abajo le hizo sentir el escalofrío del vértigo. Volaban a unos cien metros de altura sobre los tejados de Hamburgo, y la sensación de que iba a caer de un momento a otro fue tan angustiosa que le produjo como una náusea.

Vio que el copiloto se acercaba para pisotearle las manos con las cuales él se sujetaba.

«Todo ha terminado —pensó—. Bueno, al fin y al cabo así debió haber ocurrido ya, cuando me acorralaron allí abajo...»

El copiloto no era tonto. Se daba cuenta de que tenía que luchar contra un enemigo muy hábil, y por eso se sujetó con ambas manos a la parte superior de la puerta antes de pisotearle los dedos. Prefirió no emplear más la pistola para no enviar a la calle a un hombre agujereado por una bala. Eso hubiera sido ya demasiado, y de todos modos acabaría fácilmente con Conan.

Este ahogó un aullido de dolor cuando sus dedos fueron pisoteados. La sensación fue tan intensa que el pinchazo llegó hasta su propio cráneo. Comprendió que tendría que soltarse.

Él era relativamente capaz de soportar el dolor, pero sus dedos castigados perderían del todo la sensibilidad, igual que si estuviesen helados, y ni siquiera notaría nada cuando se soltase. Tenía que hacer algo antes de que eso sucediera. ¡Tenía que hacerlo ahora!

Cuando el enemigo iba a pisotearle de nuevo... ¡se soltó para colgarse inmediatamente de uno de sus pies!

El copiloto lanzó un rugido.

Intentó sacudirse aquel peso, moviendo frenéticamente la pierna, pero no pudo. Conan colgaba como un péndulo; su peso parecía cada vez mayor. ¡Si ahora caía uno de los dos, el otro también se precipitaría en el abismo!

El piloto se dio cuenta de eso. Inclínó un poco el aparato para que su compañero fuera impulsado hacia el interior. Lo hizo con demasiada brusquedad, al tiempo que Conan se contorsionaba, colgándose de la bota de su enemigo. Hizo lo mismo que un gato al que sujetan por el rabo y que trepa sobre sí mismo. Gracias a la maniobra del piloto, se encontró de repente en el interior del helicóptero, junto con su enemigo.

El piloto se volvió, empuñando una pistola.

No había nadie más en el aparato, que se balanceaba peligrosamente. Conan comprendió que no tenía más remedio que abalanzarse sobre el copiloto y lo hizo, mezclándose los dos en confuso montón. El piloto no se atrevió a hacer uso de su pistola.

De repente se escuchó un alarido.

¡El copiloto había recibido un terrible impacto en el mentón! ¡Estaba vacilando junto a la puerta!

Conan atacó de nuevo.

Se daba cuenta de que no iba a tener otra oportunidad, y decidió aprovecharla a cara o cruz. Fue como cuando dos púgiles al borde del agotamiento se enzarzan en el último cambio de golpes, descuidando la guardia, al borde de las cuerdas y a un paso del K.O. Conan sabía que si

lograba enviar al abismo a uno de sus enemigos, sus posibilidades de sobrevivir se habrían multiplicado por cien.

Los dos estaban cambiando golpes junto a la puerta. Ninguno de los dos podía sujetarse, ni lo intentaba siquiera... Un golpe mejor dirigido que los otros, una vacilación... ¡significaría la muerte!

El piloto se volvió de nuevo, para apuntar cuidadosamente, y en ese momento el aparato, falto de vigilancia, dio un pequeño bandazo. Los dos contendientes vacilaron.

¡Y se oyó un espantoso alarido!

Conan había logrado sujetarse con dos dedos a la parte superior de la puerta, aun a riesgo de recibir un golpe que pareció volarle todo el pabellón nasal, pero su enemigo fue pillado desprevenido por aquel inesperado movimiento. Cuando quiso sujetarse, ya estaba prácticamente en el abismo. Su alarido se mezcló al rugido de las aspas, que segaban el aire por encima de un aparato que iba perdiendo rápidamente altura.

Conan no dejó tiempo al piloto para que disparase.

Se había dado cuenta de que este enemigo era muy diferente del primero. El piloto era simplemente un profesional, no un asesino más o menos cultivado como el que acababa de saltar al espacio. Se arrugó mucho antes de que Conan le pusiera las manos en el cuello.

—No... no me mate —balbució.

Hablaba un alemán imperfecto. Por su acento, el tipo debía ser húngaro, pensó Conan.

—No pienso matarte si me obedeces en todo. ¿Tienes paracaídas?

—Sí, pero... ¿pero qué va a hacer?

—Póntelo.

La pistola colgaba como un objeto inútil de una de las manos del piloto. Conan se la arrebató sin esfuerzo.

—¡Póntelo! —gritó.

El otro se dispuso a obedecer. Estaba tan asustado que no era fácil intentase nada, pero aun así Conan no dejó de vigilarlo ni un instante, mientras con una mano remontaba el aparato, que estaba ya prácticamente rozando los tejados de las casas.

Cuando hubo suficiente abura y el otro tuvo puesto el paracaídas, gritó:
—¡Salta!

Estaban ahora sobre el Lombardsbrücke. Normalmente el piloto caería sobre las aguas del Binnen Alster, de donde pronto sería rescatado por la policía. Porque la policía debía seguir ya uno a uno los movimientos del extraño helicóptero.

Conan hizo que el aparato enfilase, a toda la velocidad posible, las zonas verdes de Ohlsdorf.

Sabía que contaba con escasos minutos. Al llegar sobre Ohlsdorf aterrizó con suavidad. No se veía a nadie allí, y la sensación de paz era

absoluta. Conan cerró el contacto del motor y las aspas se detuvieron poco a poco. Luego él saltó del aparato.

Lo miró. La verdad era que hasta entonces no había tenido ocasión para fijarse ni siquiera en el color de que estaba pintado.

Vio, con cierta sorpresa, que era un aparato comercial, de los que los domingos suelen lanzar hojas de propaganda sobre los lugares concurridos. Estaba pintado en gris y en rojo. Sobre las partes rojas, unas grandes letras blancas anunciaban: «USE CREMA STENPHOL». Lo mismo decía por el otro lado del aparato.

No podía concebirse cacharro más inofensivo que aquel. Y sin embargo Conan sabía ahora hasta qué punto servía todo aquello para la organización de Meier.

Salió de allí lo más rápidamente que pudo, y tomó el primer taxi que encontró. Pero cambió dos veces de vehículo, para evitar que se le pudiera seguir la pista, hasta encontrar una floristería. Allí, después de alisarse bien el elegante traje, se compró una flor blanca, que prendió de su solapa.

Y se dirigió al Hotel Condor, donde ya le estaban esperando para celebrar una ceremonia muy especial.

Porque Conan iba a casarse aquella misma mañana. Ni más ni menos.

CUATRO

Ya había mucha gente esperando en el salón principal del hotel.

Tipos bien vestidos, con la cara feliz y la tripa gorda; señoras con la nariz empolvada y las muñecas llenas de joyas; hombres reservados, serios y graves, que parecían haber llegado allí tras abandonar misteriosas e importantísimas tareas en los despachos ministeriales de la Alemania federal. Todos, absolutamente todos, volvieron el rostro cuando entró Conan.

El aspecto del salón era magnífico.

Flores rojas y blancas, botellas llenas de fresco champaña y de ambarino whisky, bandejas cubiertas de canapés y solícitos camareros que sin embargo, las más de las veces, se derramaban el contenido de las botellas sobre sus chaquetillas.

Pero Conan no miró nada de aquello.

Él solo tuvo ojos para Ingrid, para la dulce, rubia, poética, soñadora y suculenta Ingrid.

Para aquella muchachita de mirada lánguida, ojos color cielo, labios entornados y piernas que ya, ya.

En fin, para aquella señora de campeonato con la cual iba a casarse, si no le mataban antes.

Ingrid esperaba en el ángulo del salón, con los testigos y el juez. Su rostro reflejaba ya un leve mohín de impaciencia.

Conan fue a acercarse a ella, pero el mayordomo que tenía a su cargo la fiesta se inclinó respetuosamente ante él.

—Señor... —dijo en voz alta.

—Sí, ya sé que llego un poco tarde —murmuró Conan—, pero no ha sido culpa mía. Les ruego me disculpen.

El mayordomo, con una inmutable sonrisa, dijo en voz muchísimo más baja:

—Si llegas a tardar cinco minutos más te pateo la cara, marrano.

—Repito que no ha sido culpa mía.

—Toda esa gentuza que está ahí invitada cobra por horas. Y los trajes que han alquilado, se pagan por horas también.

—De acuerdo, pero no me negarás que la fiesta tiene un aspecto de postín imponente.

—Y tan imponente. Entre todos los que hay aquí, suman por lo menos quinientos años de cárcel.

—¿Contando los míos?

—Sin contar los tuyos, pichón.

Mientras tanto se iban acercando al juez y a la novia. La expresión del mayordomo se fue haciendo almibarada, de tan dulce.

—Siempre a sus órdenes, señor.

—Gracias. Tendrá una buena propina cuando esto termine.

El mayordomo le dirigió una mirada de soslayo que hubiera helado la sangre a un gorila, pero Conan ni se inmutó.

Le dominaba una fuerte sensación de irrealidad. En determinados momentos no sabía aún si estaba en la fiesta o bailando al borde del cable del helicóptero.

Pero todo se le pasó al estrechar la mano de Ingrid.

Ingrid tenía unas manos suaves y que parecían hablar. Tenía también otras muchas cosas, pero no había esperanza de que se las diese ahora a Conan, como le había dado la mano.

—Has tardado mucho, querido.

—He tenido que vestirme... A última hora, en el traje que llevaba puesto, ha caído una mancha de tinta.

—Pues este que llevas parece como si lo hubieras pasado por debajo de una apisonadora, cariño.

—Es el nerviosismo. Me lo he arrugado yo solo. No sabes lo que se siente al pensar que uno va a venir a verte, querida.

—Pues procura moderarte,

—Empezaré a obedecerte desde ahora, cariño. Como si estuviéramos casados ya.

Los dos se colocaron ante el juez. Este, en un momento en que no le veía nadie, guiñó un ojo a Conan.

Conan le correspondió.

Le conocía.

Krüger, el que hacía el papel de juez, había sido condenado a diez años por estafa. Solía engañar a sus víctimas haciéndose pasar por juez precisamente.

Ingrid estaba muy quietecita, soñando sin duda en la nueva vida que empezaba para ella.

¡Se casaba con un diplomático de carrera, un hombre que ocuparía los más altos puestos en la política alemana!

Pero mientras tanto Krüger pensaba:

«Ese granuja que se ha pasado la vida manejando pistolas y explosivos de todas clases... Ese tipo que ha matado a tanta gente y que ni siquiera es alemán... Diplomático, ¿eh? Je, je... Y a lo mejor el granuja es capaz de tomarse la boda en serio y querer acostarse con ella... ¡Vaya asquerosa comedia!...»

Pero cambió de cara para decir:

—Queridos amigos: Nos hemos reunido aquí en presencia de los testigos y bajo la protección de las leyes civiles alemanas para unir en

legítimo matrimonio a este hombre y esta mujer que...

Iba a continuar:... «Que se van a llevar una buena sorpresa, al menos ella», pero se limitó a interrumpirse con un «Ejem, ejem» que resonó estruendoso en el silencio de la sala.

Luego continuó con su discursito y con las formalidades que para el matrimonio civil dispone la ley. Fue una comedia estupenda.

A más de un granuja condenado por abandonar a su mujer y a sus hijos se le saltaron las lágrimas de los ojos al pensar en las dulzuras del matrimonio.

A más de una furcia condenada por tráfico de drogas le temblaron las manos pensando en las mieles del hogar.

Pero la mayoría de todos aquellos presidiarios, traídos *ex profeso* para la ceremonia, pensaban que cobraban por horas.

¡Tres marcos cincuenta *pfennings* por cada hora que pasaba! ¡Y además atiborrarse en el banquete! ¡Y poder besar a la novia y hasta alargar las manos si la cosa iba bien! ¡Era sensacional!

No es de extrañar, pues, que la boda resultase un éxito.

El «juez» estuvo magnífico.

Conan hizo un papel de novio enamorado que tumbaba de espaldas.

Ingrid entornó los párpados tres o cuatro veces, con expresión soñadora, pero ella era la única inocente en todo aquel mejunje.

¡Y por fin los invitados se lanzaron sobre el «buffet»! ¡Por fin empezó algo tan movido como el asalto a Sebastopol!

Los canapés desaparecieron en un momento.

El champaña fue consumido casi con botella y todo.

La novia tuvo que sufrir un par de empujones de los admiradores que por poco la tumban por tierra.

Cuando Conan vio que los que pretendían besarla eran tipos condenados por abusos deshonestos poco tiempo atrás, se apresuró a llevársela a otro sitio.

La verdad era que le convenía.

No podía perder tiempo.

Se dirigieron a la «suite» que les había sido asignada, un magnífico conjunto de dos habitaciones y baño desde cuyas ventanas se distinguían las torres del Rathaus.

Una vez solos, Ingrid le miró.

Le miró con sus ojos dulces y poéticos, debajo de los cuales había una montaña de cosas que nada tenían que ver con la poesía, pero que hubiesen mareado a un cosaco.

Conan se acercó a ella.

La fuerte sensación de irrealidad, de que todo aquello no existía verdaderamente, le seguía dominando.

Solo cuando Ingrid le besó en los labios notó que empezaba a vivir de

nuevo.

Que vivía estupendamente.

Como para subirse por las paredes.

Pero mientras besaba a Ingrid miró su reloj de pulsera, y lo que vio le hizo temblar.

Desde que dejó el helicóptero, había transcurrido hora y media. Era un desastre.

Cada minuto era para él una posibilidad más de fracaso. Cada hora las dificultades se harían más y más insuperables.

Conan se separó de Ingrid.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Ya no te gusto?

—Claro que me gustas, Ingrid, pero desde las ventanas fronteras nos deben ver... ¿Te has fijado en el magnífico panorama que se divisa desde aquí?

La muchacha se volvió hacia una de las ventanas.

—Eso tiene arreglo, cariño...

Fue a correr las cortinas.

Pero Conan no la dejó.

Sacando una cachiporra plana del bolsillo, golpeó a Ingrid en la nuca.

La golpeó tres veces.

CINCO

La mujer se arrugó como una cortina suave y blanda que cae de su soporte. Conan la retuvo en sus brazos, sin permitirle caer del todo, para que no se lastimase contra el suelo.

Suavemente la llevó hasta la cama, donde la depositó. A pesar de estar inanimada, las curvas poderosas de Ingrid se marcaban de una manera tentadora sobre las ropas del lecho, pero Conan evitó prestar atención a tan importantes detalles. Solamente comprobó que los golpes que le había propinado en la nuca no habían sido demasiado fuertes.

No.

Lo justo para que perdiera el conocimiento durante un buen rato. Luego Ingrid tendría dolor de cabeza, pero nada más.

No había terminado Conan de hacer esta comprobación, cuando llamaron con los nudillos a la puerta.

Conan abrió.

Un tipo delgado, sinuoso, con aspecto de matarife al que debieran pagas atrasadas, penetró en la «suite».

Vio a Ingrid en el lecho, y entonces ocurrieron dos cosas.

Primero, el tipo lanzó un silbido y se le fue la mano. Segundo, Conan le largó un puñetazo.

El tipo salió ganando, porque cayó en el lecho, justo al lado de Ingrid, pero a partir de aquel momento se estuvo quieto.

—¿Qué te pasa, Conan? —gruñó—. ¿Te has vuelto loco? ¿Es que acabarás queriendo a esa chica?

—Nadie ha hablado de querer. Lo único que ocurre es que no soporto a los aprovechados.

—Bueno, eso es distinto. Y, oye, estás en forma...

Se palpó el mentón, donde le había atizado Conan.

El tipo con facha de matarife arrepentido se levantó del lecho, fue hacia donde había una bandeja con botellas y luego miró a Conan, mientras se servía un doble de whisky.

—Se te está pasando el tiempo —dijo.

—Lo sé. Por eso mismo te agradeceré que seas breve, Kurt.

Kurt, el tipo con aspecto de matarife al que pagan con retraso, bebió un largo trago.

—¿Qué has averiguado, Conan?

—Té diré paso a paso lo que he hecho. Sobre las siete de la mañana me sacaron de la cárcel con permiso especial de todo un día, para que pudiera contraer matrimonio.

—Ujú.

—Lo primero que hice fue dirigirme al establecimiento de Meier. Vosotros ya sabéis cómo es porque lo habéis fotografiado desde todos los puntos de vista. Desde el aire, desde las azoteas e incluso desde las bocas de las alcantarillas. Pensé que debía empezar a trabajar cuanto antes o me iba a faltar tiempo.

—Eso es pensar bien. ¿Cómo lograste entrar?

—Dejé K. O. a uno de los que cargan mercancías en el almacén, me puse su uniforme encima del traje y empecé a moverme.

—¿Qué secciones pudiste ver?

—Solamente una, pero hubo bastante. En el doble fondo de una de las cajas había cocaína para detener un autobús. Las instalaciones de Meier trabajan con una parte de hojas de coca que les es entregada legalmente y con otra que reciben clandestinamente desde el puerto de Génova. Sus propios medios de transporte y sus facturas de entrega les permiten distribuirla luego, con perfectas apariencias de legalidad, a todos los continentes.

Kurt terminó su whisky.

Sus facciones impasibles, se iban convirtiendo poco a poco en facciones de perro rabioso.

—Sigue.

—Se habían hecho cien registros y comprobaciones oficiales en los establecimientos Meier, pero jamás se encontraba nada. Todos sabíamos lo que ocurría: Meier era informado por lo menos un día antes de que las comprobaciones tuvieran lugar. Sus servicios de «chantage» y de información le permitían eso. Hacía falta que alguien entrara en el edificio clandestinamente y se moviera por su cuenta, y eso fue lo que hice.

Conan siguió tras una breve pausa:

—Si hubiese podido sacar aquel cajón de allí, las autoridades federales alemanas, por muchos que sean los asideros de Meier, hubieran tenido que intervenir. Quizá eso hubiera significado el fin para su organización, pero no tuve suerte. Los circuitos cerrados de televisión y los sistemas de control que hay en aquel edificio, son impresionantes. Diez minutos más tarde estaba acorralado y no me quedaba más remedio que trepar, por unas escaleras de incendios, hasta la pista de aterrizaje de helicópteros. Allí iban a apiolarme a cuchilladas, pero pude escapar.

—Ya lo sé. Toda la policía de Hamburgo está revolucionada. Han encontrado el helicóptero.

—Lo daba por descontado; lo único bueno de todo esto es que no me han encontrado a mí. Oficialmente soy un presidiario al que se ha concedido un solo día de permiso con motivo de su boda. Entonces me di cuenta de que me quedaba el tiempo justo para casarme con Ingrid, y me dirigí al hotel.

Kurt asintió en silencio.

Extrajo de uno de sus bolsillos un delgado estuche, y del estuche sacó una ampolla llena de un líquido oscuro, una pequeña jeringuilla y una aguja hipodérmica.

Acercándose a la inanimada Ingrid, le subió la falda.

Lo que vieron los dos hombres era como para ponerse a lanzar alaridos, porque además Ingrid usaba ropa interior de primera, pero ninguno de los dos hizo un gesto que denotase admiración o deseo.

Incluso los ojos de Kurt habían cambiado, y ahora eran simplemente los de un profesional que realiza un trabajo peligroso.

Clavó la aguja en una de las nalgas de la muchacha y le inyectó el líquido oscuro.

Luego bajó la falda.

—Dormiré durante tres o cuatro horas —dijo—. Luego no recordará absolutamente nada.

—¿No habrá trastornos posteriores? ¿No se verá luego afectada su memoria de algún modo?

—No. Lo único que le espera es una bonita decepción. Oye, Conan.

—¿Qué?

—¿Es buena chica de verdad, esa tal Ingrid?

—De primera.

—Pues lo siento por ella. ¿Qué ha creído que eres tú?

—Un diplomático alemán.

Kurt a duras penas contuvo la risa.

—¡Pero si esta es la segunda o tercera vez que pisas Alemania! ¡E incluso hablas el idioma con mucho acento!

—Ella lo atribuye a que me he pasado la vida en el extranjero, sirviendo los intereses de este santo país.

—¿Y cómo te las arreglaste para hacerla tu novia, desde la cárcel?

—Nos enamoramos por correspondencia. Un amor volcánico, te lo aseguro. Yo buscaba una chica cualquiera, para simular esta boda, y la primera imbécil que respondió a mis cartas, publicadas en la sección sentimental de una revista elegante, fue ella. Las cartas eran remitidas por los servicios secretos norteamericanos desde una imaginaria legación comercial alemana en Veracruz. De vez en cuando yo enviaba fotos que ya habían sido preparadas con anterioridad, fotos en las que se me veía paseando por Ciudad de México o saludando en Washington al secretario de Defensa de Estados Unidos. La ilusión de que se casaba con un tipo importante la habrá tenido hasta que yo le aticé los tres sopapos en la nuca.

—¿Por qué no escogiste a una chica de los servicios especiales?

—Porque ninguna de ellas es alemana auténtica. Se hubiera visto enseguida el pastel. Meier me tiene entre ceja y ceja y me ha hecho vigilar

desde que fui colocado en la misma celda que Staufen, uno de sus hombres, para tratar de sonsacarle.

—¿Y qué ocurrió con Staufen?

—Murió. Debieron ordenarle desde fuera que se suicidase, y estaba tan aterrorizado que lo hizo. No llegó a decirme una sola palabra. En realidad jamás logré que confiara en mí. Ese truco de poner un compañero falso en la celda está ya demasiado visto. Pero lo cierto es que ahora no soy más que un presidiario con permiso, porque hay que guardar las formas. Meier no ha sabido nada concreto con respecto a mí hasta hace poco. Él ignora lo que yo he dicho a Ingrid acerca de mi profesión de diplomático. Hasta esta mañana, cuando he entrado en su almacén, creía que yo era un presidiario, eso sí, muy sospechoso.

—Pero ahora ya no tendrá dudas. Ahora ya sabe del todo qué clase de bicho eres.

Conan apretó los labios.

—Ahora las cosas van a ser más difíciles —dijo—. Van a ser endiabladamente imposibles.

—¿Y el helicóptero? ¿No podemos acusar a Meier por lo de ese cacharro? Medio Hamburgo vio que te ametrallaba.

—Pero nadie puede probar que viniera del edificio de Meier o que se dirigiese a él. Yo creo que eso pasó inadvertido para todo el mundo. El helicóptero es un simple anuncio volante, y Meier negará que tenga nada que ver con él. Supongo que tiene prevista esa eventualidad y logrará probarlo.

—¿Y el piloto? ¿Por qué lo dejaste marchar?

—Fue un fallo mío —reconoció Conan—, aunque de todos modos no hubiera dicho nada. Seguro que es uno de esos tipos que llevan una cápsula de veneno con su equipo de vuelo. Pero en aquellos momentos lo único que me interesaba era ponerme a salvo.

—Comprendo.

—No va a quedar más remedio que entrar de nuevo en el edificio de Meier, aunque ahora las cosas serán mucho más difíciles. Todos estarán prevenidos, y yo seré como un comando solitario que se mete en la boca del lobo. Aunque lo que me abruma es pensar el poco tiempo de que dispongo.

—Hasta mañana a las siete de la mañana...

Conan consultó su reloj. Eran las once.

¡Cerca del mediodía ya! ¡Estaba perdiendo sin remedio sus mejores horas!

Fue hacia la puerta. Kurt le detuvo.

—Necesitarás un arma, Conan.

—No. Prefiero no llevarla. Mi trabajo no consiste en andar a tiros dentro del edificio de Meier, sino en obtener pruebas acerca de sus

verdaderas actividades.

—Pero recuerda que tienes licencia para matar. Y recuerda también otra cosa, Conan.

—¿Qué?

—Si esos hombres te capturan, nadie te ayudará. Ninguno de nosotros te conoce. En el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos no sabrán nada de ti.

—Esas fueron las reglas del juego. Yo tenía que actuar como un lobo solitario. Y acepté el trabajo.

—Tendrás una tumba sin flores —dijo Kurt—. Cuando te pesquen, las máquinas de Meier te triturarán y una vez te hayan convertido en pulpa serás sacado de allí en el doble fondo de una caja, o arrojado a un triturador de basuras. Lo sentiré, Conan. Y lo sentiré de verdad por la chica.

—Así aprenderá a no fiarse de los diplomáticos —dijo Conan suavemente.

SEIS

Meier había hecho una cosa muy sencilla para evitarse dificultades e intromisiones molestas. Conan lo vio apenas llegar a una manzana de distancia de su magnífico edificio.

«Se me tenía que haber ocurrido —pensó—. Debí comprender que Meier lo haría...»

El gigantesco complejo industrial, que ocupaba a tres mil obreros, había sido cerrado. Una verdadera nube de hombres y mujeres salía en esos momentos por las anchas puertas. La excusa dada por Meier y sus administradores para aquel cierre temporal podía haber sido cualquiera: un inventario repentino, un aniversario que podían haberse sacado de la manga o, simplemente, una atención para con el personal. ¡Cualquier cosa! Lo cierto era que ahora el edificio quedaría completamente aislado del mundo exterior, con todas sus puertas cerradas, y el procedimiento que Conan había empleado para entrar la primera vez ya no podía emplearlo de nuevo.

Imposible mezclarse a los obreros. ¡Y aquel era el único procedimiento para entrar que él conocía!

Fue a comprar cigarrillos en la tabaquería que formaba esquina, a unos cien metros escasos del edificio Meier.

El «edificio Meier»...

Un auténtico rascacielos cuyos sótanos debían ser como una pequeña ciudad. Una pista de aterrizaje junto al cielo y unas habitaciones secretas hundidas en la tierra. El edificio de Meier era mucho más importante que la central de algunas policías europeas. Y las sumas que manejaba debían estar muy por encima del presupuesto de algunos Estados.

Conan encendió uno de los cigarrillos que acababa de comprar.

Estaba loco.

Nunca saldría vivo de allí, e incluso era absurdo que hubiese aceptado aquel trabajo. Pero Meier había vencido tantas veces al Departamento del Tesoro, e incluso a la Interpol y a las asociaciones internacionales contra el tráfico de drogas, que todos estaban ya de acuerdo en que solo un suicida podría conseguir algo.

Un suicida. Él.

Conan se puso a pensar en lo que le hubiera gustado hacer antes de que lo apiolasen, y llegó a la conclusión de que lo que le hubiese gustado de veras, pero de veras, hubiera sido pasar el día entero con aquella cándida de Ingrid, la misma que ahora estaría durmiendo a pierna suelta en aquella «suite» del Hotel Condor.

Se puso de mal humor.

* * *

Conan salió a la calle. Ahora también él tenía cara de perro, como la había tenido Kurt.

Vio que los obreros habían desaparecido ya de las inmediaciones del edificio Meier.

Este parecía vacío.

Puertas y ventanas cercadas, silencioso, hostil como una cárcel.

Lo que Conan no sabía era que, desde una de las ventanas superiores, potentes máquinas dotadas de teleobjetivo le fotografiaban y filmaban. Que poderosos prismáticos seguían sus movimientos uno a uno.

Meier, en su despacho, recibía información a través de un aparato de televisión que funcionaba en circuito cerrado. Las máquinas que desde las ventanas captaban la figura de Conan, la transmitían inmediatamente a aquel «sancta sanctorum» donde Meier, fumando perfumados cigarrillos, meditaba la decisión a tomar.

Meier hubiera dispuesto ya cien veces lo que había que hacer, pero en aquel caso no se atrevía porque había algo que no llegaba a comprender, aunque le diese mil vueltas en su ágil cerebro.

No lograba comprender que el que estaba luchando contra su organización fuese un hombre solo.

¿Con qué clase de loco se enfrentaba? ¿Qué pretendía un hombre a quien incluso a aquella distancia, con solo un rifle de mira telescópica, podía hacer matar?

Al fin la pantalla de televisión reflejó algo más inquietante.

Aquel tipo se acercaba.

Iba en línea recta hacia el edificio Meier, del que le separaban tan solo unos cincuenta metros.

Meier apretó los labios.

Según todos los síntomas, aquel hombre atacaba. Debía aceptar este increíble hecho y tomar sus medidas para luchar exclusivamente contra él, no contra una organización.

Acercó un micrófono a sus labios.

—Llamad a la división de camiones —exigió.

Inmediatamente en el circuito cerrado de televisión dejó de dibujarse la imagen del hombre que avanzaba solo hacia el edificio. En su lugar apareció un inmenso garaje donde se alineaban docenas de camiones todos exactamente iguales, todos «Mercedes Benz», en cuyos flancos se repetía hasta la saciedad la misma palabra: «MEIER» «MEIER» «MEIER».

La división de camiones estaba situada a medio kilómetro de distancia.

Un hombre alto, cuadrado, con aspecto de militar profesional, se acercó

al primer plano de la pantalla.

Había sido *obergruppenführer* de las SS. Su aspecto, sus gestos, aún denotaban aquella antigua condición.

—Karsall —se presentó.

Meier habló por el micrófono.

—Debes sacar un camión y traerlo a la central. Cualquiera de ellos. Él que esté en situación de maniobrar más rápidamente.

—El número diez. Medio minuto para salir de aquí.

—Que se detenga ante la puerta letra «G» de los almacenes. Allí tocará la cocina dos veces, para que le abran.

—Bien.

—En la cabina irá un solo hombre. Un hombre dispuesto a dejarse atacar sin ofrecer demasiada resistencia. E incluso es posible que deba dejarse matar.

Las facciones de Karsall no se alteraron.

—Irá Grover —dijo—. Está enfermo.

—Bien. Eso es lo único que debe hacer.

—¿Quién le atacará?

—Ya lo verá a su debido tiempo. Estoy seguro de que el hombre que me interesa no perderá esa oportunidad. Di a Grover que no debe llevar ninguna clase de armas.

—*Jawohi!*

Karsall se cuadró casi militarmente.

Meier, con un gesto de hastío, cortó la comunicación. En la pantalla volvió a dibujarse la figura de Conan.

Estaba ya muy cerca de la hilera de puertas de los almacenes. Muy cerca de la puerta «G».

SIETE

Cuando vio aquel camión, Conan pensó enseguida que podía tratarse de una trampa, pero no estaba en situación de elegir. Aunque hubiera solo un diez por ciento de posibilidades de que aquello fuera un descuido de los hombres de Meier, necesitaba probar.

En el camión había un solo hombre.

El pesado vehículo se detuvo ante una luz de tráfico, muy cerca de donde estaban las grandes puertas de los almacenes del edificio Meier. Conan pudo situarse fácilmente detrás de la caja.

La luz cambió a verde.

Conan se colgó de la caja con toda naturalidad, contando con la clásica indiferencia alemana. En efecto, los doce o catorce metros que le separaban de la hilera de puertas los hizo el camión en breves segundos. Nadie prestó atención al hombre que estaba con los pies sobre la placa de matrícula y que parecía un empleado vigilando la parte posterior del camión. La puerta «G» se abrió rápidamente.

Hasta las cosas aparentemente absurdas parecen lógicas cuando uno las hace con naturalidad. Conan había obrado exactamente igual que si fuera un empleado de la gigantesca empresa. Le vieron decenas de personas y ninguna de ellas reaccionó. Además, prácticamente, no hubo tiempo.

«Demasiadas facilidades», debió haber pensado Conan.

Pero la verdad fue que en este momento no pensó nada. Estaba con todos los nervios en tensión. Cuando la puerta «G» empezó a cerrarse a espaldas suyas, saltó a tierra.

El conductor hizo lo mismo.

No se veía a nadie en los inmensos muelles de carga y descarga, donde se amontonaban docenas de cajas, pero donde la limpieza y el orden eran irreprochables.

El conductor se acercó a un micrófono que estaba adosado a una de las paredes.

—¡No me ha atacado nadie! —gritó en alemán—. ¡Me parece que todos sufrís pesadilla!

Meier veía perfectamente la escena desde la pantalla del televisor, en su despacho.

Masculló entre dientes:

—¡Imbécil!

Vio también lo que sucedía a continuación. La pantalla lo recogió con toda fidelidad.

Conan, que se había dado cuenta de que aquello era una trampa,

acababa de acercarse por detrás al chófer. Un solo golpe en la nuca lo dejó seco del todo.

Meier, experto en golpes, se dio cuenta de que aquel no había sido mortal. Simplemente su empleado estaría sin sentido durante bastante rato. Pero Conan ya era un hombre prevenido y que plantearía más dificultades de las necesarias.

Aunque eso no alteraría el resultado final.

Conan no tenía ninguna posibilidad de salir con vida de allí. Una vez hubiese muerto, las gigantescas máquinas trituradoras lo convertirían en una especie de polvo que podría ser arrojado a su vez a los trituradores de basuras industriales. Nadie podría ni tan siquiera llorar sobre su cadáver. Meier no dejaría pruebas de aquella muerte.

Las dificultades que Conan pudiera plantear antes de que se llegase a aquel fin, eran cosa secundaria.

Meier pulsó un timbre.

* * *

En un departamento protegido por una puerta de acero, donde había cuatro hombres, se encendió una luz roja.

Los cuatro hombres se pusieron en pie.

Todos eran comandos veteranos de la legendaria División Brandeburgo, quizá la mejor que tuvo el III Reich. Los años transcurridos no habían disminuido en modo alguno sus fuerzas ni su capacidad de combate. Por el contrario, eran ahora más astutos, más disciplinados, más hábiles que nunca.

Llevaban metralletas y puñales, como en los buenos tiempos. Allí dentro podían usar armas de fuego en la seguridad de que los disparos no serían oídos desde la calle.

Conan, mientras tanto, pensaba febrilmente.

No era tan tonto como para no darse cuenta de que había entrado allí por voluntad de Meier. En tal caso era completamente seguro que este ya lo tenía todo dispuesto para su muerte.

Calculó sus posibilidades.

No había querido llevar armas, lo cual podía ser un grave error. Pero al no llevarlas eliminaba una posibilidad de defensa para Meier: la de que este llamara sencillamente a la más cercana estación de Polizei, diciendo que un atracador había entrado en su edificio.

En los enormes muelles de carga y descarga había poquísimas columnas. Las posibilidades de ocultarse eran mínimas.

Conan no lo pensó demasiado.

Subió a la cabina del camión, que continuaba al ralentí, con el motor en marcha.

Vio avanzar a los cuatro hombres.

Estos venían abiertos en guerrilla, con sus armas preparadas, igual que si se dispusieran a iniciar una operación de guerra. Meier debía haber decidido que los disimulos no servían ya con Conan; lo eliminaría y luego juraría no haberlo visto nunca.

Ninguno de los cuatro veteranos de la Brandeburgo había visto aún a Conan. Solo veían al chófer caído con aspecto de muerto.

Sin embargo, Meier sí que le veía en su pantalla del televisor funcionando en circuito cerrando.

Los auriculares que todos aquellos hombres llevaban puestos transmitieron inmediatamente las órdenes.

—Está en la cabina del camión. No parece llevar armas. Lo único que tenéis que hacer es disparar sin piedad. No importan ni el ruido ni los impactos de bala en el camión. Cambiaremos todas las zonas de plancha que haga falta. ¡No perdáis un minuto!

Aquellos hombres no necesitaban que les repitiesen las órdenes. Habían estado actuando como comandos en Inglaterra, en Holanda, en la mismísima Rusia.

Dispararon, pero ya el camión se había puesto en movimiento.

Conan entró la primera, dio gas rabiosamente, puso segunda y volvió a dar gas... ¡para dirigirse a toda velocidad hacia una de las rampas que daban acceso a los muelles!

Una auténtica tromba de disparos arrancó segmentos de metal a la caja del camión, pero sin alcanzar la cabina.

Ninguno de los excomandos había esperado aquel rápido movimiento, y todos tiraron con unas décimas de segundo de retraso. Cuando rectificaron, ya el camión estaba en la parte superior de la rampa.

Como si aquello fuese una carrera de obstáculos, el pesado armatoste empezó a esquivar las enormes columnas, sin aminorar ni un segundo la velocidad. Los cuatro comandos llegaron a pensar que aquel tipo se había vuelto loco.

¿Qué pretendía? ¿Jugar?

Se parapetaron tras cuatro columnas distintas.

El camión parecía ir rectamente hacia las escaleras que llevaban a los pisos superiores, pero de pronto dio un bandazo.

Uno de los comandos, apoyado en su columna, disparó rabiosamente mientras veía aquella mole avanzar hacia él a velocidad de pesadilla.

Lanzó un grito de agonía, mientras el camión se empotraba en la columna, pareciendo deshacerse en mil llamas.

El grito de agonía se confundió con un estertor de muerte.

Conan había ya saltado en el momento en que el depósito de gasolina hizo explosión. Un mar de llamas se extendió por el vacío muelle, mientras los tres comandos retrocedían asustados.

Las llamas, al extenderse, amenazaron prender en una gran pila de cajas. Uno de los alemanes corrió hacia el extintor más cercano, para evitar que allí se produjese una catástrofe.

Aquel hombre no vio a Conan.

De pronto, una cosa dura se abatió sobre su nuca, y el alemán cayó de bruces. Estaba entrenado para recibir aquella clase de golpes y no se desmayó. Cuando iba a volverse, recibió un terrible puntapié en el pabellón nasal, y entonces sí que quedó sin sentido.

El extintor de incendios se transformó en una extraña arma en manos de Conan.

Lanzó un chorro de espuma directamente a la cara del tercer alemán, el más cercano, que le apuntaba ya con su metralleta. Este lanzó un grito de asombro mientras dejaba caer su arma, y entonces Conan le arrojó con todas sus fuerzas el extintor a la cabeza.

Por el momento tenía intención de matar a los menos hombres posible. Lo único que pretendía era sacar de allí alguna prueba decisiva contra Meier.

Al ver caer a su enemigo, con la frente abierta, Conan se parapetó tras una de las columnas.

Era tiempo.

La ráfaga de metralleta la barrió por completo, hundiéndose en la estructura metálica.

Conan se sintió perdido.

Había capeado el temporal hasta entonces, pero de ningún modo podría esquivar a un tipo decidido, hábil y que manejaba con seguridad la metralleta.

Y en ese momento Meier, en las alturas inmarcesibles de su «sancta sanctorum», cometió un error.

Se puso nervioso porque ya daba por liquidado a Conan. Y le irritó ver que cuatro hombres especializados no habían conseguido aún acabar con él.

—¡Imbéciles! —aulló—. ¡Pandilla de perros! ¡Salid a buscarle! ¡Matadle como a una rata!

El único hombre que en aquel momento quedaba en situación de luchar, siguió fielmente esta orden.

Salió, abandonando la protección de la columna, y empezó a ametrallar rabiosamente el lugar donde suponía a Conan.

Pero se acercó demasiado.

Conan lanzó su pañuelo —en el que había envuelto el encendedor para darle peso—, y lo lanzó hacia el lugar donde sonaban los disparos.

El leve proyectil rozó la cara de su adversario. Este retrocedió instintivamente, pues no sabía de qué se trataba. Podía haber una pequeña granada envuelta en el pañuelo. La metralleta se alzó como si estuviera

dotada de vida propia, y las balas picotearon el techo.

Fue un solo segundo.

Conan se lanzó sobre su enemigo cuando este aún observaba la trayectoria del pañuelo. Los dos rodaron por tierra, pero el alemán no tuvo tiempo para darse cuenta de lo que sucedía.

Conan le aplicó un golpe de kárate a la parte anterior del cuello. El hombre quedó quieto.

No estaba muerto, y Conan lo sabía.

Se apoderó de su metralleta y corrió hacia las escaleras que llevaban al piso superior.

La granada de mano voló hacia él y chocó contra el suelo, estallando como una fruta demasiado madura.

* * *

Meier rugió:

—¡Se ha lanzado bajo la escalera!

La granada era de las llamadas «ofensivas», o sea, no tenía metralla. Conan lo había notado solo al verla venir hacia él. Por eso se limitó a distanciarse todo lo posible, sin preocuparse de quedar a cubierto.

Tenía la boca abierta para evitar que la onda expansiva le reventase.

Aun así, quedó como aturdido.

Tuvo la sensación de que los tímpanos le estallaban.

Vio bajar un cuerpo por entre los peldaños metálicos.

Tiró de abajo arriba, buscando matar, y oyó un espantoso alarido sobre su cabeza.

Un cuerpo humano cayó rodando al suelo.

Conan no se entretuvo en mirarlo. O llegaba a las oficinas de Meier u otros hombres como aquel se lanzarían en su búsqueda. Aunque un iluso hubiera creído en sus posibilidades de triunfo, Conan se daba cuenta de que estas disminuían a cada minuto que pasaba.

Empezó a subir las escaleras sigilosamente, con la metralleta preparada.

¿Qué estarían haciendo mientras tanto sus compañeros? ¿Cómo actuarían los *T-Men* y los agentes alemanes de la Oficina de Narcóticos?

Conan podía imaginarlo. Estarían esperándole en las cercanías del edificio. En cuanto él saliese con alguna prueba, con algo que permitiera clausurar la inmensa fábrica, la policía levantaría acta, rodearía el edificio y registraría con calma hasta los cimientos de este, cosa que hasta entonces no había podido hacer.

Pero para eso él necesitaba salir con una prueba. Y estar vivo para esgrimirla ante los tribunales federales cuando el juicio se ventilase.

Meier no lo consentiría.

Conan llegó al piso superior. En apariencia se trataba de una

modernísima oficina donde no había nadie.

Las interminables hileras de mesas metálicas se extendían hasta el infinito. Las máquinas calculadoras y de escribir descansaban como monstruos dormidos. Solo se oía allí un suavísimo zumbido, el del aire acondicionado que seguía funcionando.

Conan miró en torno suyo, conteniendo la respiración, mientras sentía que se le erizaban los cabellos.

Aquel silencio, aquella quietud eran mucho más insoportables que el tiroteo y el estruendo de granadas de unos minutos antes.

Se dio cuenta de que abajo el incendio iba adquiriendo mayores proporciones cada vez.

Allí radicaba una de sus mayores esperanzas. Si los bomberos tenían que ser llamados, aquellos «bomberos» serían hombres del Gobierno disfrazados, que lo primero que harían sería llevarse para «salvarlos» todos los documentos, cajas y libros que se les pusieran a tiro.

Pero Meier, a través de la pantalla del televisor, veía aquello también y se daba cuenta de lo que representaba.

Oprimió otro botón. Su organización era perfecta, y tampoco falló esta vez.

En una remota sala de los sótanos, donde se hallaban reunidos tres hombres, se encendió una luz ambarina. Aquella luz se encendió también sobre un gran plano del edificio que ocupaba una de las enormes paredes de la habitación.

La lucecita indicaba el lugar exacto en que se había producido el incendio.

Los tres hombres se dirigieron como autómatas hacia un cuadro de mandos que ocupaba la pared contigua. Sus manos movieron los resortes de variados colores.

Inmediatamente se produjo una inundación en la nave afectada por el fuego. Pequeños discos metálicos empotrados en el suelo de cemento, saltaron por los aires. Docenas de chorros de agua de enorme potencia se proyectaron hacia el techo, fueron rechazados por este y volvieron a caer en forma de lluvia que ahogaba cualquier incendio. La cortina de agua fue materialmente abrumadora, total, en menos de diez segundos.

El fuego se extinguió. Los cuerpos de los hombres que Conan había dejado inanimados en aquel sector murieron ahogados en el auténtico mar que se formó en la nave a causa de la orden de Meier. Pero Conan no llegó a verlo.

Tampoco llegó a ver que el incendio era sofocado y que su esperanza se extinguía.

Con los ojos entrecerrados, el dedo en el disparador, avanzó por entre las mesas.

Bruscamente oyó un ruido a su espalda y trató de volverse, pero ya era

demasiado tarde.

No consiguió disparar.

OCHO

A Kurt, el jefe inmediato de Conan, adscrito a la Oficina Internacional de Narcóticos, le había sido reservada la misión más agradable en todo aquel sangriento lío. Su trabajo consistía en vigilar a Ingrid en la *suite* del hotel Condor.

Después de la mancha de Conan, Kurt bajó a la sala de fiestas a beber algo, charló un poco con los invitados, que ya se iban esfumando, y procuró dar a su conducta una sensación de naturalidad. Luego volvió a subir a la *suite*.

Ingrid descansaba pesadamente bajo los efectos del inyectable que él mismo le administrara.

Kurt admiró sus magníficas curvas, doblemente sugestivas por la posición en que se hallaba, y pensó en lo delicioso que sería besar aquellos labios, aun estando la mujer dormida.

En cierto modo, Kurt era cobarde. Lo que a Conan jamás se le hubiera ocurrido se le ocurrió a él.

Acercó sus labios a los de Ingrid y los besó suavemente. La muchacha no se movió. Era como si estuviese muerta.

Bonito día para una chica de buena fe que acababa de contraer matrimonio.

Kurt volvió a besarla, y entonces se oyó a su espalda un leve chasquido, algo parecido a un roce.

Pero Kurt no lo notó. Para él solo existían Ingrid y sus fascinantes curvas, Ingrid y el silencio cómplice que les rodeaba.

No presintió el cuchillo que se movía a su espalda.

Apenas notó que la hoja de acero se clavaba velozmente entre sus riñones, retorciéndose allí.

Su propio grito de agonía no llegó a oírlo. Fue un grito ahogado por la mano del asesino, que le tapaba la boca.

Luego, Kurt cayó silenciosamente a tierra. Antes de que llegara a tocar el suelo, su asesino lo remató de otra certera cuchillada.

Era un hombre que hacía las cosas bien, a la manera centroeuropea. Asegurándose.

NUEVE

El hombre que estaba detrás de Conan había actuado con increíble rapidez. No permitió que el joven se volviera ni que hiciese el menor gesto. El pedazo de tubería de plomo que sostenía en la mano derecha se abatió sobre la cabeza de Conan con la pesadez de una cadena de tanque. Conan recibió el impacto en mitad del cráneo y tuvo la brutal sensación de que su cabeza se había partido en dos.

La metralleta cayó de sus manos.

Todo su cuerpo sufrió un espasmo y se desplomó hacia el suelo, pero, sin embargo, Conan no llegó a perder el conocimiento.

Con un movimiento reflejo, clavó ambos puños en el bajo vientre de su contrario. Este lanzó un aullido, mientras se encogía, y Conan vio, durante unas fracciones de segundo, que aún la partida podía ser suya.

Pero había una importante diferencia.

Él estaba solo. Su enemigo, no.

Cuando Conan, sosteniéndose sobre una pierna, enviaba al adversario al diablo de un salvaje puntapié en la boca del estómago, otros dos tipos llegaron a toda velocidad.

Chillaban como buitres enloquecidos y en sus manos también había barras de plomo.

«Quieren cazarme vivo —fue lo último que pensó Conan—. Quieren cazarme vivo...»

Dos nuevos golpes se abatieron sobre su cráneo. El plomo, al ser menos duro que los huesos, cedía en lugar de romperlos, pero el dolor y la sensación de atontamiento eran insoportables. Conan quiso mover los puños otra vez, pero ahora los reflejos le fallaron.

Estaba vencido.

Cayó al suelo y de su boca empezó a brotar un hilo de sangre, mientras sus enemigos le retorcían los brazos a la espalda hasta dar la sensación de que iban a rompérselos.

Sus muñecas fueron ligadas mediante un hábil nudo de marinero. Antes de que Conan pudiera reaccionar de nuevo, ya estaba atado como un fardo.

Tenía la sensación de que le habían partido la cabeza en diez pedazos, pero en realidad apenas se notaban las huellas de los golpes. Lo que sí tenía era una terrible conmoción interior, igual que si le hubieran estado machacando el cerebro con martillos de goma.

Dos de los alemanes le pusieron en pie, llevándolo a rastras hasta la salida.

Todos los sonidos que antes imperaban en el enorme edificio, se habían disuelto en el aire. El silencio, en torno a Conan, parecía ser total. Sus ojos semicerrados no veían nada.

Notó confusamente que lo metían en un ascensor enteramente metálico, y acto seguido un leve zumbido le indicó que subían.

Los dos esbirros seguían sosteniéndole, pero había otros en el gran ascensor. Tipos cuadrados armados con barras de plomo, que le miraban fijamente. La sensación que Conan tuvo fue la de ser un animal a quien conducían fríamente hacia el sacrificio.

¿Y qué? ¿No era ese el peligro que él también había aceptado fríamente?

El ascensor los dejó en una planta que debía ser bastante alta, a juzgar por la enorme cantidad de luz que penetraba a través de los ventanales. La decoración cambiaba allí por completo, pues el ambiente de oficina de los pisos bajos era sustituido por un ambiente regio y de un gusto exquisito, no reñido con la aplicación de las técnicas más modernas. Probablemente aquella era la planta donde Meier tenía su despacho. Ni los ministros de los países más poderosos estaban instalados con tanto lujo.

El suplicio continuó.

Conan era arrastrado a través de pasillos interminables, con el suelo de fino parquet. Hermosos cuadros de la escuela flamenca colgaban de las paredes. El aire acondicionado funcionaba allí con mucha mayor intensidad, y la temperatura era fresca y tranquilizante como la de la cima de una montaña.

Por fin se abrió una puerta acolchada en rojo.

Conan fue arrojado al suelo, en el umbral, como en tiempos de la vieja Roma debieron ser arrojados los prisioneros ante el emperador.

El joven alzó la cabeza.

Al principio le costó ver, pues toda la cabeza le producía un terrible zumbido, y las imágenes bailaban ante él. Era como si estuviera espantosamente borracho.

Luego empezaron a perfilarse los objetos, y vio al tipo a quien tenía frente a él.

Meier.

A Meier lo había visto en docenas de fotografías ampliadas y sin ampliar antes de que le encargaran aquella misión suicida. El rostro de Meier aparecía con profusión en todas las revistas como uno de los más genuinos representantes del «milagro alemán». Se hablaba de sus viajes, de su fabulosa «scuderia» de coches, de sus amores con diversas «starlettes» y de sus obras de beneficencia. Meier era un tipo popular en toda la Alemania occidental. No hacía falta ser un perro de presa, como Conan, para reconocerlo al instante.

Y ahora Meier sonreía.

Tenía una sonrisita irónica, suave y elegante, de hombre de mundo que está seguro de su fuerza.

—Ante todo buenos días, Conan.

Conan escupió al suelo y notó que su saliva aún salía mezclada con sangre. Dijo roncamente:

—Buenos días.

—Vaya... Veo que los *T-Men* norteamericanos y los agentes alemanes de la Oficina de Narcóticos aún son bien educados. ¿Qué es usted? ¿Americano o alemán? ¿Para quién trabaja?

A Conan le molestaba que el otro le hablase desde arriba, estando él caído de bruces en el suelo. Empezó a ponerse en pie penosamente, dispuesto para propinar un puñetazo en el bajo vientre a aquel que tratara de impedirselo. Pero ninguno de los esbirros que estaban tras él hizo nada por molestarle.

Pudo asentarse sobre sus dos pies y miró a Meier frente a frente, pero la enorme habitación parecía dar vueltas en torno suyo.

—Siéntese —dijo amablemente Meier—. Vamos, haga el favor.

Conan no hubiese querido, pero se derrumbó materialmente sobre la silla que el otro le ofrecía. Cada vez se sentía peor, porque ahora le dominaban las náuseas

—Diga, ¿para quién trabaja?

—Usted, Meier, debe saber que hay un organismo internacional dedicado a impedir el tráfico ilegal de narcóticos. En ese organismo colaboran hombres de muchos países distintos.

—Lo sé, lo sé... Claro... ¿Pero usted es americano, Conan?

—Americano de madre italiana.

—Una curiosa mezcla, Conan. Yo, en cambio, soy alemán puro, y le confieso que nunca me ha gustado la confusión de razas. De todos modos, pasaré por alto ese pequeño detalle que le hace aún más aborrecible. Conan —los labios de Meier estaban curvados en un gesto de infinito desprecio—. Como le decía, conozco bien esa organización internacional dedicada a impedir el tráfico de estupefacientes. Tengo excelentes amigos en ella. Antes de permitirme montar las magníficas instalaciones que ahora ve, Conan, hube de obtener la licencia de esa comisión.

—Ahora ya no le quedan amigos allí, Meier

—Lo sospecho. He sufrido varias inspecciones, algunas de ellas muy impertinentes. 4

—Pero nunca han podido probarle nada. Solo sabe que sus instalaciones son una tapadera, Meier. Un recipiente muy limpio por fuera y que por dentro lleno de basura.

Meier sonrió con indiferencia.

Se daba cuenta de que Conan se estaba recuperando poco a poco, y eso le divertía.

Era mucho mejor que Conan se diese verdadera cuenta de lo que le iba a suceder.

—Nunca podrán probarme nada. Yo recibo coca gen y otras plantas adormideras en su estado puro, a fin de obtener los estupefacientes bajo las oportunas licencias y con fines puramente medicinales. Mi negocio no solo es honrado, sino incluso necesario para la salud pública.

Conan rio. Su risa fue áspera y le costó perder nueva bocanada de sangre.

—Oiga, Meier, menos aparato. Yo no soy uno esos inspectores tísicos que le han visitado hasta ahora.

—Lo supongo, joven, lo supongo.

—¡Y no me trate con ese tono de perdonavidas! ¡Antes de venir aquí sabía lo que me jugaba! ¡Acabemos una vez!

—¿Por qué tanta prisa, señor Conan? Nunca me han acusado de ser descortés con un huésped, y pienso seguir esa norma. Si quiere beber algo, no tiene más que pedirlo. En cuanto a fumar, no se lo ofrezco porque no le queda un pedazo de labio entero donde poder apoyar el cigarrillo. Bueno... Como le decía, yo fabrico los estupefacientes con fines médicos, y los distribuyo a todos los países del mundo. Mi floreciente negocio me proporciona grandes beneficios, los cuales nunca he tenido interés en ocultar. Mis libros están al día.

—No me hable como si yo fuera un inspector de hacienda, Meier. Sabe que soy algo mucho más peligroso.

—¿Qué más quiere que le explique?

—Explíqueme, por ejemplo, que recibe grandes cantidades de adormidera virgen por medios legales, pero recibe cantidades aún mayores por procedimientos clandestinos. Sus instalaciones trabajan las dos. Una parte, legal, va a todos los países del mundo con la marca ir «Meier». La otra, la ilegal, viaja igualmente y con la misma marca, teniendo entrada en cualquier nación. El gran problema de los contrabandistas, que es fabricar la droga con garantías y entrarla luego de matute, lo tiene usted resuelto, Meier. Más de la mitad de lo que usted envía se diluye luego por medios misteriosos y es vendido en los mercados clandestinos de Nueva York, Chicago, Nueva Orleans y Tokio. Los beneficios incalculables también se registran en libros, pero esos no se los enseña a nadie, Meier. La comisión de narcóticos ha recogido docenas de testimonios y de pruebas dispersas y ha logrado montar un panorama perfecto de sus actuaciones, Meier. Sabemos sin lugar a dudas que usted es culpable.

—Entonces, ¿por qué no me procesan?

—No hay pruebas, sobre todo teniendo en cuenta que usted paga un sueldo extra a algunos importantes funcionarios de la justicia alemana.

—No hay pruebas. ¡Qué estúpida frase! ¿Por qué no las obtienen?

—Se ha intentado hacerlo por todos los medios legales, pero usted es

más listo que nuestros inspectores, Meier.

—Por supuesto. No me hace ningún honor al decirme eso. Es la pura verdad.

—Al principio creímos que su organización tendría cabos sueltos, y nos dedicamos a seguirlos. Pero no encontramos nada. Los que sabían algo no hablaban o morían misteriosamente. La mayor parte de los distribuidores creen que usted es honrado a carta cabal. Llegamos a la conclusión, entonces, de que las pruebas han de encontrarse en este edificio y solo en este edificio.

Meier sonrió suavemente.

—Y es cierto.

—Fue entonces cuando se decidió intentar obtener alguna prueba. Esas pruebas debían salir precisamente de aquí —indicó Conan—, y podían consistir en cualquier cosa: un libro de contabilidad, una relación de vendedores clandestinos, una caja cuyo doble fondo contuviera drogas no declaradas... Algo que permitiera a las autoridades federales cerrar este edificio e iniciar una investigación a fondo. Pero para obtener eso hacía falta un loco, y ese loco soy yo.

Se restañó la sangre que aún brotaba de sus labios y miró a Meier con absoluta tranquilidad, con una calma total, porque sabía lo que le esperaba y aquello no le causaba ningún temor.

Había aceptado el riesgo. Ahora no podía ponerse a llorar.

Curiosamente le enterneció pensar en Ingrid. La pobre Ingrid, a quien él había engañado como a una chiquilla... La dulce e inocente jovencita que besaba como un pulpo...

Bueno, al diablo.

Había que pensar en otra cosa.

Conan entornó los ojos mientras miraba a Meier, en cuyos labios seguía flotando una sonrisa burlona.

—¿Dónde están sus amigos, Conan?

—Ahí fuera.

—Cierto, mis hombres los han observado desde los helicópteros. Yo poseo una fuerza y una organización tan poderosa como la de algunos pequeños ejércitos. Los policías están ridículamente apostados en las esquinas próximas, dispuestos a ayudarlo. ¡Lástima que los pobrecillos no tengan una orden judicial para intervenir! También hay una ambulancia. Lo han pensado todo, Conan.

—E intervendrán si yo no salgo.

La sonrisa de Meier se hizo más amplia.

—¿Qué tonterías está diciendo, Conan? Usted sabe que no. Ninguna autorización oficial le permite entrar aquí. Si usted obtiene alguna prueba y la pone en manos de la policía, esta certificará que usted fue «un informador espontáneo» y saldrá así del lío legal en que se ha metido. Pero

si usted no sale, la policía no podrá hacer nada. Oficialmente se ignora su actuación. Usted es una sombra, Conan. Aparte de ello, le aseguro que usted no va a salir.

Aquellas últimas palabras fueron dichas coa un tono tan especial que heló los nervios de Conan.

Este nunca había tenido miedo, nunca había rechazado una misión peligrosa, pero ahora no tuvo más remedio que balbucir:

—¿Qué... qué quiere decir?

Conan se puso en pie.

—Acompañeme —dijo—. Se lo mostraré con mucho gusto.

DIEZ

—Estos son los grandes trituradores industriales —explicó amablemente Meier, mientras desde la alta galería metálica mostraba las máquinas alineadas bajo sus pies—. Nuestra industria requiere un complicado proceso al cual no son ajenos estos aparatos. Sus mecanismos desmenuzan hasta partículas infinitesimales de todo aquello que se somete a la acción de sus dientes giratorios. Naturalmente, la fuerza de esos dientes puede ser graduada, de tal modo que las máquinas no funcionan del mismo modo cuando trituran hojas que cuando deshacen una pieza metálica o... supongamos un cuerpo humano.

Conan, que estaba junto a Meier, con las manos atadas a la espalda, sintió frío en la columna vertebral.

Un frío espantoso, porque no es lo mismo saber que uno va a morir que ver los aparatos con que se le causará la muerte.

¡Y qué clase de muerte! ¡Qué clase de suplicio si aquellos aparatos funcionaban en régimen de acción lenta!

Meier, siempre tan pulcro, hizo una señal.

Conan fue empujado brutalmente a lo largo de la galería metálica, hasta llegar a otra sección en la que se veían unas nuevas máquinas. Estas eran parecidas a las anteriores, pero mucho más pequeñas, y sobre sus dientes concéntricos caía continuamente una gran cantidad de agua, la cual era engullida por el fondo de las máquinas con un sonido de succión que erizaba los cabellos.

Meier preguntó:

—¿Impresionado, mi joven amigo?

—No —mintió Conan—. Le confesaré que me está doliendo el hígado de tanto aguantarme la risa.

—Tanto mejor... Estas que ve aquí son máquinas trituradoras de desperdicios industriales... Los residuos que llegan hasta ellas son pequeños, y por eso realizan una labor mucho más delicada, y en cierto modo más cruel. Cualquier cosa que sea sometida a la acción de esas máquinas, lo mismo un pedazo de metal que partículas de un organismo humano, es implacablemente reducido a polvo. Como el agua cae continuamente a gran presión sobre los dientes, arrastra los residuos a los vertederos de la fábrica, que a su vez se mezclan con los de las aguas residuales. Haría falta analizar varios ramales de las cloacas de Hamburgo, cosa imposible, para descubrir un leve resto de materia orgánica que antes perteneció a un ser vivo. Sus amigos no harán eso ni nunca podrán hacerlo. Por eso le he garantizado que usted no saldrá, Conan.

Encendió un nuevo cigarrillo, mientras miraba a su víctima con la misma indiferencia con que un científico examina a un ratoncillo de Indias antes del experimento.

—¿Qué dirá cuando le pregunten por mí? —preguntó Conan con una extraña serenidad.

Desde que se daba cuenta de cuál iba a ser su fin, ya no sentía nada. La inminencia de la muerte le producía como una especie de borrachera similar a la que los soldados sienten en lo peor del combate. Nada le importaba, excepto tener que reconocer su fracaso.

—Diré que no le conozco. Que aquí no ha entrado nadie.

—No lo creerán.

—¿Por qué no?

—Ahí abajo, en el muelle de descarga, hay unos cuantos muertos. ¿Cómo los justificará?

—Del mismo modo que justificaré su fin, Conan... Vea, amigo mío. Es muy interesante.

El joven fue obligado a volver sobre sus pasos, y una vez sobre las máquinas descuartizadoras se le obligó a presenciar algo que arrancó de su garganta un grito.

Uno de los hombres con los que había luchado antes y que había muerto ahogado en el muelle de desembarco, fue arrojado a la boca de una de las máquinas. Inmediatamente esta se puso a funcionar con una especie de ímpetu visceral, con un sonido chirriante que desencajaba los nervios. La sangre del cadáver fue proyectada en todas direcciones, como una macabra ducha.

—Naturalmente, esas máquinas también trabajan más despacio —informó Meier—. No me gustaría que usted acabase enseguida, Conan. Puede durar largos minutos. Y ahora, ¿a qué esperamos? —hizo un violento gesto—. ¡Vamos, muchachos, sujetadle bien! ¡Abajo!

ONCE

Por si aún pudiera quedar alguna duda a Conan, las palabras de Meier le indicaron claramente cuál iba a ser su fin.

No saldría de allí.

Imaginó sus huesos pulverizados circulando por los inmundos albañales de Hamburgo, y le acometió un violento horror. Aunque dio la sensación de que sus facciones continuaban impasibles, en su interior sintió Conan algo que no había sentido nunca.

Por primera vez, tuvo miedo.

E iba ya a ser lanzado sobre las infernales máquinas que le esperaban allá abajo, con sus dientes girando a escasa velocidad, cuando una voz estentórea gritó a pocos pasos de distancia:

—¡Alto!

* * *

Meier volvió la cabeza, sin poder disimular su irritación. Sus ojos de hombre acostumbrado a mandar brillaron coléricos.

—¿Qué ocurre?

Un hombre vestido con bata blanca, calvo, delgado como un cadáver y con aspecto de técnico pasado de moda, se acercó al grupo.

—La tensión eléctrica ha caído como un plomo, *herr* Meier —declaró—. Ya comprendemos lo que sucede... ¡Desde fuera nos han cortado el suministro de energía!

Meier lanzó una maldición.

Lo que decía el técnico era verdad, porque ahora la rotación de las máquinas resultaba cada vez más lenta. Sus gigantescos dientes se movían por pura inercia. Unos segundos más y quedaron detenidos, dejando el cadáver a medio destruir, y ofreciendo a los de arriba una visión que hubiera helado la sangre a cualquier ser normal.

Pero Meier no parecía serlo. Con voz áspera, preguntó:

—¿Y los generadores?

—Han sido parados, *herr* Meier, al salir el último grupo de trabajadores.

—¡Ponedlos en marcha enseguida!

—Sí, *herr* Meier.

El técnico se alejó poco a poco, balanceando a un lado y otro su pelada cabeza de muerto.

Conan tragó saliva espasmódicamente.

Quizá aquella interrupción había sido peor aún.

Ahora él estaría abajo, deshecho como el cadáver que podía ver, pero al fin y al cabo sin sentir nada. Habría muerto, dando fin a aquella condenada pesadilla. Y en cambio, ahora aún estaba esperando lo que fatalmente tenía que ocurrir, mirando como obsesionado los dientes metálicos, que cuando volvieran a ponerse en movimiento... ¡marcarían el principio de su horrible agonía!

Pero los dientes no se movían. Daba la sensación de que los generadores tampoco funcionaban. Conan pensó en una maquiavélica treta de Meier para hacer más insoportable aún su sufrimiento, pero se dio cuenta de que el todopoderoso hamburgués no mentía al captar la expresión colérica de sus ojos.

Abría y cerraba frenéticamente las manos, y todo él estaba a punto de estallar.

—Pero ¿qué ocurre? —aulló al fin—. ¿Es que estoy rodeado de imbéciles? ¿Por qué los generadores no funcionan aún?

Uno de sus hombres corrió hacia el teléfono interior que colgaba de una de las paredes de la galería. Pulsó un determinado botón y aguardó apenas unos segundos.

—Pero ¿qué ocurre? —bramó al igual que su amo—. ¿Por qué los generadores no funcionan aún?

La voz del técnico respondió con tono fatigado:

—Ahora mismo voy a conectar la segunda serie... No puedo ponerlos en marcha todos a la vez.

—¡Pues date prisa, imbécil!

—No he perdido un solo segundo. Quiero evitar averías.

—¡Aprisa, perro! ¡Aprisa! ¡Aprisa!

Y el esbirro colgó.

«Al menos los he puesto nerviosos —pensó humorísticamente Conan—. Tienen impaciencia por liquidarme.»

Pero era igual. Estaba como un condenado a muerte cuando tiene ya la cabeza puesta bajo la cuchilla de la guillotina.

Mientras tanto, en otro departamento del inmenso edificio, separado de allí por unos cien metros, el técnico cara-de-muerto se disponía a poner en marcha la segunda fase de los generadores.

No se podía ir con aquellas máquinas tan deprisa como había exigido Meier.

Los generadores se alimentaban de una pequeña pila atómica, y su energía era prácticamente ilimitada, pero había que manejarlos con toda clase de precauciones.

El técnico puso por fin su dedo índice en un botón rojo. Dentro de medio segundo, las máquinas trituradoras se pondrían a funcionar. Fue a presionar.

Y de pronto, vio aqueja figura detrás suyo.

Sus ojos miopes parpadearon, con expresión de incredulidad, porque no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

Miró los ojos de la persona que tenía detrás.

Y de pronto comprendió...

—¡No! —gritó—. ¡Nooooo!

Fue a terminar su gesto, pulsando del todo el botón rojo, y en ese momento la figura humana que ya estaba junto a él movió el puñal que llevaba en la mano derecha. La hoja de acero se clavó hasta las cachas en los riñones del cara-de-muerto. Lanzó un grito gutural, mientras el dolor parecía petrificarle la garganta, y cayó pesadamente a tierra.

La figura humana no se detuvo.

Comprendía que el cara-de-muerto estaba ahora listo de verdad. No hacía falta perder el tiempo con él. Y la figura humana extendió ambos brazos, desconectando los generadores. Luego, ya sin miedo al paso de la electricidad, cortó con su cuchillo los cables y destrozó a golpes de puñal, dejándolos manchados de sangre los delicados sistemas de fusibles.

En el lugar donde Conan iba a ser arrojado, Meier había llegado ya al límite de su resistencia nerviosa.

Estaba acostumbrado a la obediencia exacta y ciega, a la clásica perfección alemana, y no comprendía aquella dilación. Hizo una seña a su subordinado para que fuese de nuevo al teléfono.

El esbirro corrió, obedeciendo como un perrito, y pulsó el número en el aparato. Pero a los pocos instantes su rostro adquirió una tonalidad olivácea.

—No contestan, *herr* Meier —balbució.

—¿Que no contestan?

—No, *herr* Meier.

—¡Imposible!

Semejante abandono del servicio era algo que no entraba en la cabeza de aquel hombre. Movié los brazos como un energúmeno.

—¡Ved qué ocurre! ¡Mataré a aquel imbécil si es culpa suya! ¡Id a la planta de generadores, pronto!

Otro de los hombres salió corriendo.

Conan no entendía nada de aquello, pero dentro de lo trágico de su situación, esta empezaba a parecerle divertida. Aunque su final nadie pudiera evitarlo ya, al menos estaba haciendo sudar tinta al poderoso *herr* Meier.

El hombre que había ido a la planta de generadores volvió apenas transcurridos cuatro minutos.

—Incomprensible, *herr* Meier.

—¿Qué es lo que te parece tan incomprensible, imbécil?

—Número Doce ha muerto.

Se vio la crispación en los músculos de la garganta de Meier. Sus labios

temblaron.

—¿Qué ha tenido? ¿Un accidente?

—Un accidente muy especial, *herr* Meier. Por poco le sacan los riñones con un cuchillo.

—¿Quién?

—No se ve a nadie. Todo está vacío como... como antes...

Por unos segundos, el poderoso Meier pareció aturdido.

Su cabeza de pensamientos seguros, pero lentos, poco habituada a hacer frente a las situaciones inesperadas, daba vueltas y más vueltas a aquel hecho que no comprendía.

—Lo que debe ocurrir es que este perro tiene un compañero —dijo lentamente—. Y el compañero ha logrado entrar.

—Pero ¿por dónde? ¡Los sistemas de alarma no han funcionado!

Conan alzó la cabeza.

Ahora el que estaba atónito era él.

—Por si te sirve de consuelo —dijo a Meier—, te aseguro que he venido solo.

Meier ni le escuchó. Debía estar convencido de que su prisionero mentía.

—Bueno —dijo, serenándose de repente—, la muerte de Número Doce no importa. Que otro haga funcionar los generadores.

—No puede ser —farfulló el que acababa de llegar—. Los cables han sido cortados, y todo el sistema de fusibles ha sido deshecho a cuchilladas. La avería tardará en repararse casi veinticuatro horas.

—Es... es imposible...

—Lo he visto yo mismo, *herr* Meier.

Las facciones del interpelado cambiaron de color otra vez. Acostumbrado a las situaciones lógicas, a las situaciones que él podía comprender por muy difíciles que fueran, aquella sucesión de absurdos llegaba a sacarle de quicio.

—¡Los televisores! —aulló—. ¡Quiero que funcionen a la vez todos los televisores! ¡He de descubrir a ese intruso!

Conan pensó que su desconocido amigo —al que mentalmente dio las gracias con todo fervor— estaba tan perdido como él. Los ojos implacables del circuito de televisión escrutaban todos los rincones del inmenso edificio, incluso los lugares más secretos. Quienquiera que fuese el que le había salvado, caería también en la trampa.

Meier hizo una seña, y el joven fue sacado de allí.

Sus guardianes parecían irritados y le arrastraron brutalmente.

Otra vez se vio en el lujoso despacho de Meier, en aquel ambiente refinado donde tantos funcionarios del Gobierno federal alemán habían rendido tributo a aquel capitán de la industria. Solo que ahora ya no había lugar para los disimulos, y Meier aparecía como quien realmente era.

Como un carnicero ansioso que quería liquidar cuanto antes a las reses que tenía en el matadero. Como un *gangster* de altura que se iba sintiendo acorralado poco a poco... ¡por un solo hombre!

Meier se sentó en su butacón y contempló pensativamente a Conan, en pie ante él.

—Nunca hubiera creído que fuera tan difícil liquidar a un tipo como tú —dijo.

—¿Por qué?

—Por lo complicado que resultará deshacerse de tu carroña.

—Tenemos un horno crematorio —dijo el hombre que se hallaba más próximo a Conan, inmediatamente detrás de este—. Y si no, podemos desintegrar su cuerpo con el arco voltaico.

—El horno crematorio no destruye los cadáveres del todo. Siempre quedan rastros a los que no puedo exponerme, en vista de cómo están las cosas. En Auschwitz —confesó desvergonzadamente Meier— habíamos hecho muchas experiencias sin resultado. Incluso osamentas enteras quedaban. Y en cuanto al arco voltaico, ¿cómo quieres que lo hagamos funcionar si no tenemos energía, imbécil?

El hombre que había hecho aquella sugerencia se mordió la lengua.

Durante unos momentos, el silencio se hizo insoportable en la enorme habitación, donde solo se escuchaba el suave zumbido del aire acondicionado, un zumbido que los oídos, acostumbrados a él, no captaban ya.

Meier decidió al fin:

—Todo depende de la avería de los generadores. ¿En cuánto tiempo podrá ser reparada?

El hombre que había descubierto el cadáver declaró:

—Para no exponernos a otra avería, esta de fatales consecuencias, serán necesarias veinticuatro horas. Hay que tener en cuenta que la energía la recibimos de una pila atómica.

—No sé si esos tipos que están ahí fuera aguardarán veinticuatro horas antes de intervenir.

—¿Por qué, *herr* Meier?

—Tanto tiempo sin salir ese hombre podría darles un pretexto. Esto es como una partida de póker en la que nadie enseña sus cartas, pero en la que tiene que haber un vencedor. Y lo que nos jugamos es demasiado. No hay que dar un pretexto a los que nos vigilan en el exterior.

Encendió otro cigarrillo sin que temblaran sus dedos. Se había calmado por entero.

—Necesitaríamos deshacernos por completo del cuerpo de ese perro antes de cinco o seis horas —dijo—, pero me temo que sea imposible. Los medios técnicos de que dispone hoy la policía permiten descubrir restos humanos en cualquier sitio donde estos hayan sido arrojados, excepto en el

caso de nuestras máquinas desintegradores. Necesitaríamos resolver el asunto en unas pocas horas... o hacer que los policías se retiren de donde están. Eso nos permitiría sacar los restos, carbonizados parcialmente, y hacerlos desaparecer en otro sitio. Sí, eso es... Debemos conseguir que los policías se retiren de sus emplazamientos.

—¿Y cómo vas a conseguirlo? —preguntó Conan, con una sonrisa de burla.

—De una forma muy sencilla —dijo Meier—. Tú mismo vas a pedirselo... Hace unas horas pensé hacerte arrojar desde un helicóptero al mar, pero ahora las cosas han llegado demasiado lejos y sería peligroso... Mi idea actual es mejor. Tú harás que tus amigos se retiren...

DOCE

Ahora fue Conan el que quedó perplejo.

La repentina serenidad de Meier, que un minuto antes parecía al borde del ataque de nervios, le desconcertaba.

—¿Por qué voy a hacerlo? —preguntó—. Yo ya he jugado mi partida y la he perdido. La única ventaja que tengo es que ahora ya nadie puede obligarme a nada que no me dé la gana hacer.

—Esta vez me obedecerá, Conan.

—No me haga reír. Tengo miedo de que se me caiga la dentadura postiza.

—Repito que me obedecerá, Conan, y va a hacerlo por una razón muy sencilla.

—Me gustaría saber cuál.

Meier señaló hacia uno de los costados del joven, hacia una de las paredes.

—Mire esa pantalla.

Conan puso sus ojos en la gran pantalla del circuito cerrado de televisión que había en aquella parte del despacho. Y de pronto, lanzó un grito de asombro

De asombro y de horror.

* * *

Conan balbuceó:

—No es posible...

—¿Tanto le sorprende?

—¡Esa mujer estaba sin sentido en el Hotel Condor! ¡Yo mismo vi aplicarle la inyección de estupefaciente!

—Cierto, estaba en el Hotel Condor. Pero nosotros hemos sacado a Ingrid de allí, liquidando, naturalmente, al hombre que la guardaba. Todos nuestros intentos para que se recuperase han sido, hasta ahora, baldíos, pero lo conseguiremos. No hay estupefaciente que dure muchas horas si se usan antídotos. Aunque para el caso es igual... ¿Aprecia usted a esa mujer, Conan? ¿Hasta qué punto?

Conan farfulló:

—Haga con ella lo que quiera. Esa mujer no me importa nada. La he engañado, al fin y al cabo.

—Muy bien. Mejor para usted, Conan. En ese caso es su palabra la que la condena a muerte.

Tomó en sus manos un micrófono. Su rostro helado no reflejaba ninguna expresión. Era el rostro sin alma de uno de los esbirros que enviaban a los niños a morir a Auschwitz.

Conan miró la pantalla de nuevo.

Ingrid estaba tendida en un diván, en uno de los despachos del edificio. Sus ropas desordenadas indicaban en qué condiciones había sido traída hasta allí. Parecía sin sentido, y su respiración acompasada era claramente perceptible a través de la pantalla. Indudablemente estaba aún bajo los efectos del narcótico.

Pero, ¿hasta qué extremos se extendía el poder de Meier? ¿Ante qué clase de monstruo se encontraba?

Dos hombres vigilaban a Ingrid. Estaban sentados en sendas butacas y no parecían demasiado inquietos. La voz de su jefe los galvanizó.

—Números Dieciocho y Veinte... Hay nuevas órdenes que afectan a Ingrid.

Se vio claramente, a través de la pantalla, que los dos hombres se ponían en pie.

—Mande, *herr* Meier.

—Hay que acuchillarla... ¡Ahora!

Ninguno de los dos hombres vaciló. Conan los vio moverse. Casi en contra de su voluntad, se encontró gritando:

—¡Espere!

Meier alzó la cabeza.

—¿Decía algo, Conan?

—No sé cómo ha traído esa mujer hasta aquí, pero no la mate. Yo haré lo que sea. ¿Qué debo decir a la policía?

—¿Tiene usted algún despacho en Hamburgo, Conan?

—Sí, un despacho de pura tapadera. Importación y exportación. En la Ferdinand Strasse.

—No está mal. Cae bastante lejos de aquí. No hay duda de que tiene un número para llamar a sus compañeros en caso de emergencia. Úselo y diga que tiene pruebas, pero que es absolutamente indispensable que nadie, nadie, quede en las cercanías. Cítelos en su despacho de la Ferdinand Strasse para dentro de una hora. Y cuidado con añadir nada más o con hablar de un modo poco convincente. Conan... Tome.

Le tendió un teléfono.

Conan lo tomó. Sus maros temblaban.

TRECE

La comunicación se estableció fácilmente.

Los compañeros de Conan, apostados en las cercanías, estaban esperando alguna llamada, y el inspector jefe Trully, de la Oficina Internacional de Narcóticos, fue quien le contestó.

—Creíamos que lo habían liquidado, Conan —dijo en inglés—. No dábamos un *pfenning* por su vida.

Conan habló en inglés también, seguro de que los otros le entendían perfectamente.

—No puedo perder ni un segundo. Creo que he logrado reunir alguna prueba, pero lo difícil será sacarla de aquí.

—¿Pueden ellos controlar esta llamada?

Ellos, es decir, Meier y sus hombres, estaban atentos a cuanto decía Conan. Este tuvo que mascar la sensación de su propio fracaso, porque jamás se había sentido tan acorralado como entonces. Y además, se vio obligado a mentir.

—No —dijo—. No pueden escucharme.

—En ese caso diga lo que hemos de hacer, Conan. Si quiere que entremos, nos es posible obtener inmediatamente una autorización judicial. Y haremos uso de muestras armas si alguien se resiste.

—No... Nada se adelantaría con eso. Por el contrario, deben retirarse. La calle donde se encuentran ahora debe quedar libre. Las otras también. Ni rastro de policías.

—¿Se ha vuelto loco, Conan?

—Todo lo contrario. Sé perfectamente lo que me digo. Por favor, retírense cuanto antes.

—Conan, no estamos jugando. El asunto en que nos hemos metido es uno de los más importantes en la historia de esta ciudad.

—Lo sé, pero me aseguraron que tendría facultades para resolverlo a mi modo.

—Cierto.

La voz del inspector jefe Trully se había vuelto áspera. Seguro que no entendía nada de aquello, y estaba buscando una salida que le permitiera desoír las indicaciones de Conan.

Este musitó:

—Haga lo que le digo. Es la única posibilidad que tengo de resolver esto bien. Nos veremos dentro de dos horas en mi despacho de la Ferdinand Strasse.

Y colgó.

Los hombres que estaban en la habitación le miraron con expresión reconcentrada. Ninguno de ellos sabía exactamente cuáles eran los planes de Meier, pero Conan sí que se daba cuenta de que ahora ya no tendría ninguna otra oportunidad para comunicarse con sus amigos. Al colgar el teléfono había roto su último contacto con el mundo. Pudo haber pedido auxilio, pudo incluso haber hecho una declaración comprometedora para Meier, ya que estaba seguro de que la conversación había sido recogida en cinta magnetofónica, lo cual hubiera significado un principio de acusación para aquel asesino, pero Conan no había aprovechado esta última oportunidad para terminar bien su trabajo.

Había fracasado a sabiendas y todo lo había hecho por una mujer.

Una mujer que, al fin y al cabo, no debía importarle. Solo había empleado a Ingrid para sus fines. ¿Qué le importaba ahora si la mataban o no? ¿Por qué infiernos había hecho aquello?

Meier sonreía.

Sonreía burlonamente, como si adivinara los pensamientos que torturaban a Conan.

—Bravo, pichón —dijo—. En el fondo eres un sentimental.

—¡Váyase al infierno, Meier!

—Tú vas a ir primero, muchacho, así, cuando haga el gran viaje, podré encontrarme con gente conocida... ¿Cuánto crees que tardarán en retirarse tus amigos?

Conan no tuvo tiempo de contestar. En aquel momento una voz gritó por al altavoz conectado al despacho:

—¡Jefe, se retiran!

Conan hundió la cabeza. Sabía que ya nunca lograría nada. Iba a morir fracasado, y además, por culpa suya

Pero no fue eso lo peor.

Lo peor fueron las palabras que a continuación dijo Meier.

* * *

—Conan —susurró, con la misma calma que si estuviera tratando un negocio aburrido—, me parece que, voy a tener que liquidar a la chica igualmente. Hay algo que no me has dicho y que tendrás que explicarme enseguida si quieres evitarle a la pobrecilla un terrible fin.

—¿Qué es lo que he de decir? ¿Es que hay algo que tú no sepas ya, maldito Meier?

—Sí, hay una cosa. ¿Dónde está tu compañero?

—¿Qué compañero?

—El que mató a Número Doce. No vas a hacerme creer que lo liquidaste tú.

Conan estaba paralizado por el estupor.

Ya había llegado a olvidarlo aquello, pero lo cierto era que alguien le había ayudado. ¡Y sin embargo, él acababa de entrar solo en el inmenso edificio! ¡Aquella era una misión que realizaba sin ayuda de nadie, y por lo tanto solo él estaba en los locales de Meier!

—No hay nadie más aquí —dijo.

—¡Claro que hay alguien más! —las facciones de Meier enrojecieron—. ¿Es que me vas a tomar por ciego? ¡Basta de estupideces, Conan! Dime de una vez quién más está aquí... Nuestras cámaras terminarán por descubrirlo, pero no quiero perder tiempo.

—No puede haber nadie más —dijo tenazmente Conan.

Y no mentía. Aquella era una de las pocas ocasiones en su vida de agente secreto en que decía la verdad.

Meier suspiró con cansancio. Hasta unos nervios de hierro como los suyos terminaban por sentir el agotamiento de aquella situación.

—El expediente Lin —pidió.

Uno de sus esbirros corrió hacia los gigantescos archivadores metálicos que había a la izquierda del despacho. Mediante la utilización de un resorte eléctrico, dos de ellos se apartaron, dejando ver unos nuevos archivadores, estos empotrados ya en la sólida pared y completamente tapados por los primeros. Fue allí donde el alemán encontró lo que buscaba.

Trajo una pequeña carpeta que depositó sobre la mesa de Meier.

—Conozco a Lin —dijo inesperadamente Conan—. Es un sucio y pequeño traficante de drogas que tiene un gimnasio justo en los bajos del edificio donde está mi despacho de la Ferdinand Strasse. Fue el primer caso que estudié cuando me enviaron a Hamburgo y lo hice tan solo para familiarizarme con los ambientes sórdidos de la ciudad. Incluso fui cliente del gimnasio de Lin, que además es un tipejo medio invertido. Tan insignificante me pareció que ni siquiera pedí que lo detuviesen.

—No es tan insignificante —murmuró Meier—. Dirige una red de distribuidores en el norte de Alemania, y es posible que llegue a formar parte de la sección más íntima de mi organización... si supera la prueba a que le voy a someter. Porque Lin no sabe apenas nada, y la policía poco provecho sacará de su detención, no obstante lo cual el muchacho va a pasar un mal rato que pondrá a prueba su capacidad.

Nuevamente Meier volvía a ser el hombre cuidadoso, consecuente, que no dejaba nada al azar en sus planes.

—Vas a llevar el expediente de Lin —continuó— del cual deducirán tus compañeros que este ha sacado algunas cantidades de droga de mi fábrica, aunque siempre consta que se las ha entregado alguno de mis empleados, no yo. Hasta en mis archivos más secretos soy cuidadoso. Todos creerán que no has podido sacar nada más de aquí, y que ya te dabas por satisfecho. La ficha de la policía dirá mañana que te disponías a escapar

con esto cuando sufriste tu accidente.

—¿Qué accidente?

—Intentabas apoderarte de uno de los helicópteros cuando resbalaste desde la pista.

Conan no se impresionó.

La situación era la misma de antes, aunque ahora habían cambiado la táctica y le iban a matar de otro modo. ¿Y qué?

Meier hizo una seña.

Sus esbirros lo sacaron de allí otra vez y lo llevaron al pasillo, en el que se abrían las puertas de un ascensor metálico.

Conan no intentó resistir, porque era inútil. Un par de minutos después estaba ya mirando el cielo de Hamburgo desde la gigantesca pista para helicópteros.

Lo llevaron hasta el borde.

—Decidle a Ingrid que no llore junto a mi fosa... —masculló Conan—. No vale la pena.

Los esbirros se dispusieron a empujarle. La sensación de vértigo era invencible. El viento le daba en la cara con una terrible fuerza.

Meier le puso bajo la americana abrochada el expediente Lin, quizá el menos importante de los que conservaba.

Luego, gritó:

—¡Abajo!

CATORCE

Conan tenía ahora las manos libres

Se trataba de dar a su muerte la apariencia de un accidente, y no puede hablarse de accidente cuando un fulano cae desde un piso veinte lanzando maldiciones y con las manos atadas a la espalda.

Conan luchó por su vida con sus últimas fuerzas. En un desesperado intento de no morir fracasado, intentó abrazarse a Meier para caer con él.

Meier lanzó una risotada, mientras se echaba hacia atrás. Fueron tres los esbirros que sujetaron a Conan, quien prácticamente ya no podía defenderse. Lo llevaron hasta el mismo borde de la gigantesca pista de aterrizaje, hasta la baranda que apenas le llegaba a la altura de las rodillas. La angustiosa sensación de vértigo despertó nuevas energías en Conan, pero ya no servían de nada. Comprendió que iba a dar el gran salto.

Lo sentía por muchas cosas, pero en especial por Ingrid. Ingrid, a quien había engañado, y a la que aquellos tipos asesinarían de todos modos, seguramente...

Se le cortó la respiración. Ya estaba prácticamente en el aire. La horrible sensación del vacío penetró por sus ojos y pareció llegar hasta su mismo estómago.

¡Y entonces ocurrió algo que nadie podía esperar!

Aquel helicóptero pareció brotar de la misma nada. De repente, apareció al otro lado de la pista, como si surgiera del suelo.

Todos los que estaban en la pista miraron hacia allí.

Meier fue el primero en darse cuenta de lo que sucedía. Fue él quien aulló:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, infiernos!

Uno de sus hombres, que llevaba una metralleta bajo el brazo, tiró contra el helicóptero. La ráfaga destrozó parte del fuselaje de este, haciendo caer al policía uniformado que, desde la misma puerta del avión, se disponía también a hacer funcionar una metralleta.

Conan quedó repentinamente libre.

Dio la vuelta, aturdido.

Comprendió entonces lo sucedido, algo que a primera vista parecía inexplicable. El helicóptero de la policía había estado inmovilizado casi junto a la pista, pero debajo de esta, pegado a las ventanas más altas del edificio. Ninguno de los hombres de Meier lo había visto, quizá porque vigilaban exclusivamente la calle y desde las ventanas inferiores.

De pronto, el helicóptero había aparecido, dando la sensación de que brotaba del suelo.

¡La policía se había retirado de la calle, pero seguía vigilando el edificio de único modo posible! ¡Conan no había quedado sin ayuda en aquel momento de desesperación!

Sobrevolando el edificio a gran altura había un helicóptero. Desde allí, con un teleobjetivo, habrían ido filmando todo lo sucedido. Y una simple llamada por radio había hecho moverse al otro helicóptero, al que estaba pegado al edificio.

Pero ahora los sucesos se estaban precipitando. Meier había reaccionado con más rapidez de lo que todos esperaban.

La ráfaga de metralleta lanzada contra el helicóptero obligó a este a alejarse. El policía que había caído de él se estrelló contra las planchas metálicas de la pista, y aunque solo estaba herido, ya no se movió más. Su cabeza quedó hecha añicos.

Ahora Meier ya no necesitaba disimulos.

Había cometido un error al intentar deshacerse de su enemigo en la pista, al aire libre. Cuando decidió aquello, no se le ocurrió pensar en los helicópteros de la policía.

Conan vio que el otro aparato, el que había permanecido a gran altura, bajaba ahora a toda velocidad. Pero Conan vio también que una metralleta se dirigía hacia él, hacia su propio cuerpo.

Comprendió que no tenía medio de esquivar la ráfaga que se le venía encima, excepto haciendo una sola cosa.

Y la hizo.

¡Saltó al vacío!

* * *

La ráfaga pasó rozando materialmente su cabeza, mientras Conan desaparecía engullido por el abismo.

Pero Conan tenía las manos libres y había calculado muy bien su salto. Quedó colgado con sus diez dedos del mismo borde de la plancha metálica. Desde allí sus piernas se balanceaban en el vacío, teniendo bajo ellas un abismo aterrador.

El hombre que había disparado la ráfaga de metralleta, acercándose, quiso saber si efectivamente Conan ya se había hecho papilla sobre el asfalto.

Lo vio entonces colgando, a muy poca distancia de él. Conan lo vio también.

Recordó cuando poco antes, colgado del helicóptero, le habían machacado los dedos. Pensó que ya había sido bastante. No podría resistir otra sesión de masaje como aquella.

El viento de las alturas parecía aullar en torno a su cabeza, pero aun así, su voz brotó muy clara:

—¡Tira de una vez, pero no me hagas cisco los dedos! ¡Desde esta mañana ya no sé ni dónde los tengo!

Su enemigo se dispuso a apretar el gatillo, con una sonrisa torva, pero en aquel momento, Meier gritó:

—¡Cuidado!

Demasiado tarde.

El segundo helicóptero había descendido ya, haciendo una rápida pasada sobre la pista, y desde su puerta abierta tableteaba rabiosamente una ametralladora pesada.

El hombre que apuntaba a Conan se volvió con rapidez alucinante, enfilando hacia el nueve enemigo. Tiró rabiosamente, y sus balas parecieron cruzarse con las de la ráfaga que venía hacia él.

Todo su cuerpo pareció desintegrarse sobre la pista.

Recibió los balazos de lleno, con precisión alucinante, y dejó caer la metralleta a tierra mientras daba dos grotescos saltos. Cuando cayó de nuevo, ya no parecía un ser humano. Era como si le hubiera alcanzado toda una ráfaga de balas explosivas.

Uno de los plomos chocó contra el borde de la plataforma, entre los dedos de la mano derecha de Conan... ¡y esta se soltó instintivamente, sintiendo como si le hubieran abrasado la piel!

Quedó colgado sobre el abismo, sujeto a la plataforma por una sola mano. Su cuerpo empezó a hacer un movimiento de péndulo que amenazaba con destrozar los únicos dedos con los que podía sujetarse.

Conan intentó aferrarse de nuevo con las dos manos... ¡y ya no pudo! ¡Tenía el cuerpo tan castigado que ya no podía ni flexionar los brazos!

En un movimiento pendular más fuerte que los otros, Conan ya no pudo resistir más.

Los dedos de la mano izquierda le dolían como si estuvieran tocando un hierro al rojo vivo.

Cedieron... ¡y entonces Conan salió disparado!

* * *

Meier había visto caer a sus hombres. Se daba cuenta de que no tenía ninguna defensa en aquella plataforma desnuda, sobre la cual se estrellaban sordamente las balas de la ametralladora pesada.

Tiró con la pequeña pistola del 7,65 que casi siempre llevaba en su funda axilar, pero aunque las balas alcanzaron el helicóptero no le hicieron ningún daño. Aquel arma solo servía para liquidar a un hombre en luchas a muy corta distancia.

Meier se sintió perdido y se lanzó hacia las escaleras metálicas que llevaban a los pisos inferiores.

Las ráfagas de ametralladora le siguieron, pero ya sin alcanzarle. Uno

de sus hombres siguió disparando contra el helicóptero con su pistola de calibre pesado.

No le sirvió de nada.

El plomo ardiente acabó con él.

* * *

Conan se había soltado cuando el movimiento pendular de su cuerpo lo proyectaba hacia el edificio. Había calculado que la inercia le llevaría contra una de las ventanas.

Tendió ambos brazos frenéticamente porque si no lograba sujetarse allí... ¡rebotaría en la pared, saliendo despedido hacia el abismo!

Sus puños rompieron los cristales, al chocar contra la ventana. La sangre saltó con la fuerza del agua en una cañería que se rompe. Conan quedó colgado, mientras una capa de sudor glacial le empapaba todo el cuerpo, resbalando por su frente y por su espalda.

Le costaba trabajo respirar. Se sentía tan pesado como si sus músculos fueran de plomo.

Poco a poco fue recuperándose, y entonces, acabando de romper los cristales con sus puños ensangrentados, consiguió entrar. Se encontró en una inmensa planta ocupada casi enteramente por mesas de análisis. Allí debían trabajar normalmente docenas y docenas de empleados honrados de Meier, gentes que se limitaban a obtener estupefacientes sin conocer el destino que se daba a los mismos.

Pero ahora las instalaciones no funcionaban. Ahora todo estaba desierto, vacío, muerto.

Conan se tambaleaba como un borracho al avanzar. Su mirada se había nublado.

No obstante, su cerebro seguía funcionando, y ese cerebro le decía que debía obtener cuanto antes una prueba para lograr que Meier fuese procesado por los fiscales alemanes. Ahora sabía dónde estaban los archivadores secretos, porque los había visto en el despacho del magnate. Se dirigió hacia allí.

Por el camino no encontró a nadie. Todo el inmenso edificio parecía desierto.

Debía haber allí conserjes y vigilantes, pero todos estarían en sus puestos. Gente sin importancia, al fin y al cabo. La plana mayor de Meier había sido aniquilada en la pista de despegue y ya no podría ser reconstruida nunca.

Nunca, si él conseguía las pruebas que ya tenía al alcance de sus manos.

Tuso al descubierto los archivadores secretos y extrajo varias carpetas. Muchos de aquellos nombres, los que veía en cada uno de los «dossiers»,

pertenecían a elementos de la mayor importancia en las finanzas europeas y americanas. Las ramificaciones de la organización de Meier quedaban allí al descubierto, y aunque restaba un ímprobo trabajo por realizar, se había dado ya el paso decisivo.

Conan se volvió, con los brazos sosteniendo una pila de expedientes, más indefenso que un niño, y al volverse se vio encañonado por un revólver.

Un revólver que estaba siendo empuñado por la trémula mano derecha de Meier.

* * *

Las facciones de este estaban desencajadas. Sus ojos inyectados en sangre parecían no ver. Todo su rostro era el de un perro rabioso con figura humana.

Meier no perdió ni un segundo de tiempo con él. Debió pensar que no valía la pena.

Solo gritó mientras apretaba el gatillo:

—¡Muere, maldito!

La bala fue rectamente al encuentro del corazón de Conan.

QUINCE

Conan había recuperado por completo su rapidez de reflejos. Adivinó la décima de segundo exacta en que su enemigo iba a disparar. Se dio cuenta enseguida de que Meier no iba a perder tiempo.

Se ladeó, mientras lanzaba todos los expedientes a su cara. Meier los recibió de lleno, tambaleándose, y la bala solo hizo un agujero en la americana de Conan, bajo la axila izquierda.

A Meier no le quedó tiempo para volver a disparar.

Conan había comprendido que aquella iba a ser la última batalla, el último salto para alejarse del borde de la fosa. Lanzando un rugido, se abalanzó sobre su enemigo, que aullaba también al ver fallido su disparo. Los dos rodaron por el suelo, mientras Meier intentaba desesperadamente hacer fuego otra vez.

Conan, de un terrible golpe a la muñeca, le obligó a soltar el arma. Pero no pudo apoderarse de ella porque esta había saltado lejos. Las manos de Meier se aferraron a su cuello.

Igual que fieras rabiosas, los dos hombres rodaron sobre el elegante «parquet». Meier había vuelto a ser el esbirro de las SS que exterminaba a seres indefensos en Auschwitz. Mordió a Conan, haciendo lanzar a este un grito de dolor.

Consiguió también conectarle un rodillazo al bajo vientre, y Conan se estremeció, sintiendo que las fuerzas le abandonaban, dándose cuenta de que el dolor subía hasta su cráneo en oleadas demoledoras, que le hacían vacilar.

Pero eso fue peor para Meier.

Conan luchó a partir de aquel momento como lucharía con un reptil, no con un hombre. No tuvo piedad. Sus golpes de kárate, demoledores, alcanzaron los flancos de Meier, dejándole sin respiración. Lo tuvo arrinconado contra la pared... y entonces se dejó llevar por los nervios. Entonces hizo algo que tal vez no debió hacer.

Meier le interesaba vivo, pero en ese momento no lo recordó. Su deseo de acabar fue más fuerte que todas las órdenes recibidas. Dio aquel golpe sabiendo lo peligroso que era, aunque no pensó que sus efectos serían tan contundentes sobre el agotado Meier. El canto de su mano derecha se hundió con terrible violencia en la parte anterior del cuello de su enemigo, en un golpe lanzado con toda la fuerza de que Conan era capaz. Se oyó un chasquido siniestro, y Meier lanzó una bocanada de sangre. Sus miembros, tensos hasta un minuto antes, se relajaron con una mortal flacidez. Sus ojos extraviados rodaron casi cómicamente dentro de las órbitas.

Cuando Meier cayó, Conan ya se dio cuenta de que lo había matado.

Lamentable. Era un fallo, al fin y al cabo. Pero aquella había sido una lucha de perros, y en una lucha de esa clase los golpes no se pueden medir. Conan mismo aún sentía como si el lujoso despacho diera vueltas en torno suyo.

Y en una de esas vueltas, cuando estaba a punto de caer, distinguió la figura de Ingrid.

* * *

La última vez que la había visto en realidad había sido dormida en su lecho del Hotel Condor. La última vez que la había visto de una forma puramente técnica había sido a través de las pantallas de televisión del circuito cerrado de Meier. Le parecía inverosímil que Ingrid se encontrara allí, pero no podía dudar de la veracidad de sus sentidos.

Ella avanzó.

Conan sintió algo que no había sentido en mucho tiempo: vergüenza. Sintió vergüenza por haberla engañado. Por haberla empleado como un simple instrumento de sus planes, destrozando su corazón de mujer.

Claro que luego se había jugado la vida para que no la matasen a ella, pero...

Le parecía que Ingrid tenía más curvas que antes, y era porque todo se ondulaba en torno suyo. Más cada vez.

Avanzó al encuentro de la muchacha.

De pronto todo vaciló en torno suyo, y como lo que tenía más cerca era el cuerpo de Ingrid, Conan se sujetó a él. Se sujetó como si ella fuese un madero y él se estuviera ahogando.

Por poco la deja deshecha. Y además Conan puso cara de no ir a soltarla en un mes.

Ingrid solo musitó:

—Pobrecillo...

Y es que hay mujeres que se lo tragan todo Incluso el cuento de los desmayos.

DIECISÉIS

Consultó su reloj cuando pudo reponerse. Se dio cuenta de que todavía le faltaba más de una hora para su cita con sus jefes, en el despacho de la Ferdinand Strasse.

Claro que podía ir directamente a buscarlos a la central de su Departamento, pero eso indicaría sin lugar a dudas que cuando les dio aquella cita en la Ferdinand Strasse lo había hecho obrando en contra de su voluntad. Y Conan no quería dar explicaciones. No quería tener que decir que había preferido la vida de una mujer al cumplimiento estricto de las órdenes recibidas.

Puesto que iban a encontrarse en la Ferdinand Strasse, ¿qué le costaba ir allí?

Ingrid le acompañó hasta la salida. Ahora Conan ya no se apoyaba en ella, porque se dio cuenta de que si seguía por aquel camino la cosa aún iba a resultar peor.

Salieron sin ninguna dificultad por la puerta «H» de los muelles de carga. Habían cesado ya los disparos en la pista de aterrizaje, a muchos metros por encima de sus cabezas, pero la gente aún corría aturdida de un lado a otro. Algunos policías, que no comprendían nada de lo ocurrido, intentaban poner orden en la calle y no hacían, con sus gestos, sino acentuar la sensación de caos y de pánico.

Nadie se fijó especialmente en ellos. Pudieron correr como si fueran unos transeúntes más, aunque Conan llevaba encima dos docenas de carpetas, una de las cuales estaba limpiamente atravesada por un balazo.

Ingrid detuvo un taxi media manzana más allá. Cortan dio la dirección de la Ferdinand Strasse.

Y suspiró tranquilo.

Por fin habían pasado todos los peligros, diablos. Por fin podía respirar aire puro otra vez...

Ingrid, a su lado, guardaba silencio.

¡Era tan hermosa, tan linda, tan pura!

Llegaron al despacho.

Y allí Conan se sintió otra vez libre, feliz, descansado al fin... ¡Solo con una mujer inocente y tierna, en la que podía confiar!

Bueno, eso fue lo que pensó entonces,

Y lo que estuvo pensando hasta que la punta de aquel cuchillo se le clavó en la garganta.

DIECISIETE

Conan llevaba sufridas muchas sorpresas en las últimas doce horas, pero aquella fue la peor.

Se había arrepentido de haber empleado a Ingrid solo como instrumento para sus planes; había pensado que era una chica con la que valía la pena estar casado de veras; se había repetido cien veces que tenía unas curvas como para enamorarse «espiritualmente» de ella.

¡Y lo peor era que se había enamorado de verdad, y además espiritualmente! ¡Lo peor era que estaba decidido a aceptarla como su esposa para toda la vida!

Hasta que ocurrió lo del cuchillo.

Conan nunca supo de dónde lo había sacado, aunque lo más probable era que Ingrid llevase una funda muy bien disimulada en el forro del vestido. Y cuando sintió la punta de la hoja clavársele en la garganta quedó boquiabierto.

—Día... ¡diablos! —balbució—. ¡Diablos!

No se le ocurría nada más original.

—Vas a entregarme esos expedientes, pichón —susurró ella—. Vas a entregármelos de buen grado o apretaré un poco más.

Conan, asombrado, intentó enfrentarse a la situación.

Quizá hubiese podido, en otras circunstancias, hacer una llave a la mujer, pero esta le había cazado por sorpresa y ahora no podía intentar nada. Al menor gesto la lengua de acero se le clavaría hasta el fondo en la garganta. Por otra parte, su mismo asombro le había quitado fuerzas.

—¿Qué es lo que pretendes? —susurró.

—Ya lo ves. Quedarme con esos expedientes.

—¿Para qué?

—Por una cuestión puramente personal.

Conan abrió de nuevo la boca, comprendiendo lo que no hubiera querido comprender.

¡La muchacha estaba a sueldo de Meier! ¡Ella iba a intentar salvar la situación, ahora que todo parecía perdido para aquella cuadrilla de granujas!

Respiró intensamente, sintiendo que la hoja de acero aún se clavaba un poco más en su piel, y susurró:

—Antes de apiolarme dame un beso, nena...

Él era así de romántico.

Y ya se ve lo mucho que le servía.

Ingrid susurró:

—Me parece que te equivocas, cariño.

—¿En qué me equivoco?

—Yo no estoy a sueldo de Meier. Estás pensando eso, lo adivino en tus ojos. Y si estuviera a sueldo de Meier no hubieras salido vivo de allí. Me introduje en su grupo, eso sí, porque me convenía, y llegué a ser una pieza tan importante que hasta sus hombres me raptaron del Hotel Condor, matando de una puñalada al hombre que me vigilaba. De eso yo no me di cuenta, porque estaba inconsciente. Luego me aplicaron una inyección para despabilarme, pero fingí que no había dado resultado, para así actuar con más libertad.

Conan estaba paralizado.

Ya ni siquiera le dolía la lengua de acero que tenía medio hincada en su piel.

Había luchado en lo alto de un helicóptero, había bailado un baile mortal al borde del abismo, había estado a punto de morir quemado vivo, de ser arrojado a una máquina descuartizadora... ¡para esto!

—¿De modo que cuando empecé a escribirte cartas de amor tú no eras una palomita inocente? —preguntó.

—Nunca lo he sido, cariño. Cuando yo contesté a tu petición en aquella revista, lo hice siguiendo instrucciones de Meier. Él ya sospechaba lo que ibas a hacer.

—Meier era un tipo listo, pero, diablos, no creía que llegara a tanto...

—Yo misma se lo insinué para hacer méritos ante él.

—¿Pero obrabas por cuenta propia? ¿O te había ordenado alguien que entraras en su grupo para investigar?

—Me lo había ordenado alguien.

—¿Quién?

—Las drogas obtenidas y distribuidas por Meier entran también en la Alemania oriental. Las autoridades de la otra zona destacaron a un agente para que destruyera, a ser posible, la organización de Meier, ya que no era factible contar con la colaboración de las autoridades occidentales. Ocurre en este aspecto que, por razones políticas, las policías de ambos bandos no se ponen de acuerdo en cosas que son puramente de sentido común. Como te digo, destacaron a un agente para una misión arriesgadísima, y ese agente...

A Conan se le cerró la boca de golpe.

—...eres tú.

—Sí, cariño.

—De modo que tú, la palomita inocente, no eres más que una sucia competidora...

—Quiero hacer méritos ante mis jefes, cariño. Quiero llevarme los expedientes para que todo el mundo sepa que la persona que acabó con Meier fui yo. Ello no me impidió salvarte, eliminando con este mismo cuchillo al tipo que estaba en los mandos de los generadores cuando a ti fueron a lanzarte a la máquina trituradora.

—De modo que fuiste tú.

—¿Y por qué no, amor?

Conan no solo había quedado ahora sin habla, sino también casi sin respiración.

¡Y tenía a Ingrid tan cerca! ¡Diablos! ¡Y era tan bonita!

¿Es que aquella mujer se iba a ir al otro lado del muro de Berlín no solo con el producto de su trabajo, sino también con su amor y con sus esperanzas de ser un hombre distinto?

—Ingrid... —balbució—. ¿Por qué lo hiciste?

—Somos rivales, amor mío, pero admiro tu valentía como agente. Me hubiese sabido muy mal que te despacharan de aquel modo. Además, mientras no lográsemos salir de allí con las carpetas secretas de Meier, yo te necesitaba.

Conan sudaba ahora más que cuando los tres gigantes le acorralaron en lo alto de la pista para los helicópteros.

Y no era de miedo. Era por algo que no había sentido jamás... ¡por el miedo de perder a una mujer!

—Mis jefes son exigentes, y nuestro servicio funciona a la perfección —siguió diciendo Ingrid—. Aspiro a ser alguien; por ello me propuse ser yo la que desenmascarase a Meier, y tú no fuiste desde el primer momento más que un rival, aunque yo te admiraba sinceramente. Ahora sentiré dejarte, cariño, pero quien tendrá los comprobantes del éxito seré yo, no tú.

Retiró suavemente el cuchillo de la garganta de Conan. Con una mano, hábilmente, fue recogiendo las carpetas. Conan comprendió que aquel era un buen momento para atacarla, para intentar la revancha. A pesar de que ella manejaba el cuchillo con mucha habilidad, no lograría detenerle cuando él se lanzase encima. Pero no lo hizo.

Conan no se movió porque por primera vez se encontraba ante alguien que le había derrotado sin ser su enemigo. Porque no se atrevía a causar el menor daño a aquella mujer.

Conan se dejó vencer casi voluntariamente. Tuvo una oportunidad para inmovilizar a Ingrid, cuando ella vaciló bajo el peso de las carpetas, y no quiso aprovecharla. Tuvo otra oportunidad cuando ella abrió con dificultades la puerta, y tampoco la utilizó.

Se daba cuenta de la situación. Se daba cuenta de que sería Ingrid la que tendría en exclusiva la gloria de haber destruido una de las organizaciones criminales más poderosas del mundo. Pero no hizo nada

por evitarlo.

Lo único que sentía era que ella marchase.

Que lo que había llegado a imaginar entre los dos quedase roto. Roto para siempre.

—¿A dónde irás ahora? —preguntó, cuando ella estaba a punto de cerrar la puerta.

—Al Berlín Oriental.

—¿Cómo vas a conseguirlo?

—Tengo un pase especial de la Interpol. Es fácil.

Conan tragó saliva.

Sentía lo que no había sentido nunca, pero no quiso demostrarlo. No quiso que sus ojos demostraran todo lo que Ingrid, en poco tiempo, había llegado a ser para él.

¡Al infierno todo!

La puerta se cerró, y Conan quedó extrañamente quieto, sin fuerzas, sintiendo que su vida era inútil. Era como si, después de mentirle Ingrid, el mundo entero hubiera dejado de tener sentido para él.

¿Pero no la había engañado él primero? ¿No era justo, al fin y al cabo, que aquello le ocurriese?

Poco a poco Conan empezó a reaccionar, aunque siempre sintiendo un absoluto vacío dentro de sí mismo. Pensó en lo que diría a sus jefes. En cómo les explicaría su fracaso.

Claro que aún había una posibilidad: Aún podía presentar algún resultado positivo, por secundario que este fuese.

Lin.

Aquel maldito Lin tenía su gimnasio en la planta baja del edificio. Era uno de los traficantes de Meier, ahora lo sabía bien. Podía atornillarle hasta que cantase.

Descendió al gimnasio, cuyas puertas estaban abiertas. Siempre acostumbraban a estarlo a aquella hora, pero, cosa extraña, no había nadie.

Las paralelas, las espalderas, las barras, los pesos colocados en sus sitios, daban la sensación de un mundo hostil, dormido, silencioso.

Hasta que aquel silencio, de pronto, se truncó.

Y Conan se dio cuenta de que había metido la pata. Hasta abajo.

DIECIOCHO

Tres hombres entraron en el gimnasio. Conan recordaba a dos.

Uno era Lin, el principal distribuidor de drogas de todo el área de Hamburgo. El otro era Burst, su antiguo «catcher». Al tercero no lo conocía, pero por su aspecto debía ser, al menos, un descargador de los muelles.

Conan tragó saliva.

Se dio cuenta ahora, demasiado tarde, de que había cometido un fatal error. Había creído que Lin seguiría con sus costumbres de tiempo atrás, yendo a darse una vuelta por el gimnasio completamente solo, después de las clases de la mañana. No se le había ocurrido pensar que quizá Lin habría cambiado aquella costumbre. Y la había cambiado; en efecto, porque he aquí que no venía solo.

Conan se irguió.

—Buenos días, Lin.

Lin sonrió de manera extraña, torciendo la boca como si no quisiera enseñar los dientes.

—Has vuelto ¿eh? Te has atrevido a volver...

—He venido para decirte que tienes una oportunidad de salvación.

Lin seguía sonriendo de aquella forma extraña

—Cariño, eres un imbécil —susurró—. Ya se lo ocurrido a Meier.

—No he venido aquí a discutir. Podía dejar antes que fueras un traficante de drogas, una rata de los suburbios de Hamburgo, pero ahora me interesa que hables. ¡Y lo conseguiré!

—¡Qué valiente! Pero veo que al menos no mientes al tropezarte con la sorpresa. Porque a estas horas esperabas encontrarme solo, ¿verdad?

—Sí, así es —reconoció sombríamente Conan.

—Durante mucho tiempo viniste a este gimnasio, te enteraste de cosas que no te convenían, como por ejemplo que esto era una tapadera para ocultar el tráfico de drogas, y conociste una a una todas mis costumbres. Pero ahora las costumbres han cambiado, Conan. Ahora no voy nunca a los sitios solo.

—Yo tampoco he venido solo, Lin. La policía me ha seguido hasta aquí. Entrará si no me ve salir sano y salvo dentro de cinco minutos.

—¿De veras? —Lin seguía sonriendo—. Puede que digas la verdad, Conan, pero no te creo. Voy a correr el riesgo de que la policía entre aquí. ¡Vamos, muchachos, acabadle!

Burst, el antiguo «catcher», y su compañero, se acercaron lentamente.

Eran como dos torres humanas que se hubieran puesto en movimiento.

Tenían las facciones brutales, y los músculos poderosos casi reventaban los cuellos de las camisas. Conan apretó los puños y recordó de pronto que tenía los dedos rotos.

Normalmente no le hubiera dado miedo ningún enemigo, pero ahora sí. Ahora comprendió que estaba perdido.

Lin retrocedió dos pasos lentamente, riendo ante el espectáculo como una mujer.

—Ten cuidado, Conan, van a matarte.

—¿Crees que no lo sé, pequeño mío?

De nada serviría gritar; ni aunque le despedazasen nadie les oiría. Las ventanas del gimnasio daban a un extenso solar, y además estaban cerradas. Las paredes estaban revestidas de corcho. Y por si esto fuera poco, muchas veces los que se entrenaban para el «judo» gritaban al caer en una presa. Aunque él aullase igual que un perro, no le haría caso nadie.

Poco a poco, se quitó la americana.

Los otros dos hicieron lo mismo.

Era una pelea en regla, y además iba a ser una pelea a muerte. Todos lo sabían. Estaban en el corazón de Hamburgo y sin embargo, no había lugar más ideal para cometer un asesinato.

—Solo se me ocurre una cosa —rió Conan con una extraña sangre fría—. ¿Dónde pensáis luego echar el cadáver?

—Al puerto —dijo con tranquilidad Lin—. Cuando te encuentren sin un centímetro de piel, a nadie se le ocurrirá preguntar de dónde vienes. La policía no hallará la pista nunca.

Lin imaginaba ya el cadáver desnudo y destrozado flotando sobre las turbias aguas del inmenso puerto de Hamburgo. Contuvo un grito de alegría.

Burst se lanzó primero.

Conan había calculado ya su situación, y sabía que solo podía contar con una cosa: llegar a los soportes donde estaban las pesas. Una de las más pequeñas representaría un arma terrible en sus manos. Podría manejarla con tranquilidad y cada una de las bolas de sus extremos significaría la muerte para el que entrase en contacto con ella.

Por lo tanto, actuó.

Se movió con una fantástica rapidez, mucha más de la que sus enemigos esperaban. La mano izquierda alcanzó la pesa más liviana — cinco kilos por bola más la barra— cuando Burst saltaba por el aire yendo a su encuentro.

Lin lanzó un aullido. Llevó una mano a la funda axilar, sujetando su pistola, aunque era evidente que procuraría no emplearla porque las armas de fuego comprometen siempre. Una bala hallada en un cadáver es a veces una pista tan clara como una fotografía.

Conan esquivó la acometida de Burst, que dio un traspié, y tropezó con

la pared aunque consiguió no perder el equilibrio. Conan no vaciló ni un segundo para asestar el salvaje golpe. La bola fue a la cabeza de su adversario y la astilló por completo con un horrible chasquido de huesos. Ahora no fue Lin solo el que lanzó un grito, sino el otro esbirro también. En cambio Burst murió sin sentirlo. A pesar de lo salvaje y espectacular de aquella muerte, lo cierto es que nadie se entera cuando un peso le deshace materialmente la cabeza.

Conan fue a volverse, pero ya no llegó a tiempo.

El otro enemigo le había sujetado por la espalda, practicándole la llave conocida por «La doble Nelson», mientras Lin le daba un culatazo en la cara a Conan, dejándole ciego y haciéndole soltar la barra. Con todas sus fuerzas, Conan inhaló aire, tendió los brazos en forma de aspa y luego los fue bajando, intentando librarse de la llave, pero no lo consiguió. Su enemigo tenía dedos de acero y además pesaba el doble. Conan intentó entonces pisarle los pies. Inútil. Fue a tirarle de los cabellos y un segundo culatazo de Lin le partió una ceja.

El enemigo de Conan logró doblarse como un ovillo y quedar encima de él. El dolor de toda la columna vertebral de Conan, sobre todo en la nuca, era insoportable. Le dio vergüenza gemir, pero cuando abrió la boca para respirar se dio cuenta de que estaba bebiendo su propia sangre. El adversario le soltó entonces, sujetándole del brazo.

Esta llave fue mucho más cruel que la primera.

Haciendo torniquete con la pierna, fue a partirle el brazo por dos sitios. A partir del momento en que lo consiguiera, Conan sería tan fácil de matar a golpes como un niño.

Sin embargo, no pudo conseguirlo, porque Conan le hizo una contrapresa y lo envió lejos, haciéndolo estrellarse contra las paralelas.

Conan intentó ponerse en pie. La cabeza le daba vueltas, pero aún tenía serenidad para vencer a su enemigo.

Si lograra cazarle con un golpe al cuello quizá terminaría con él. Aquel tipo debía tener las vértebras de mantequilla, a juzgar por el modo como torcía la cabeza.

Pero no lo cazó.

Lin, dando unos saltitos casi femeninos, pudo colocarse a espaldas de Conan, que no pensaba en él, y le asestó un nuevo culatazo, ahora a la nuca. Conan dio un traspié, vacilando, y entonces le sujetó su adversario. Hizo la misma llave, o sea emplear la pierna como torniquete para retorcerle el brazo y rompérselo al menos por dos sitios.

Esta vez Conan no pudo escapar. La cabeza le daba vueltas y apenas veía nada. Solo cuando sintió el crujido de sus propios huesos se dio cuenta de que había caído en una trampa de la que no saldría vivo.

El dolor insoportable le hizo soltar un aullido. Esta vez ya no pudo más.

Estaba cazado en una presa mortal, una de esas presas que obligan a

abandonar al luchador cuando cae en ellas. Solo que ahora no estaba en un ring ni existía un árbitro. Todo abandono era imposible. El fin del combate estaba en la tumba.

Lin gemía de placer.

—Así... Más... ¡Más!... ¡Dale!

Conan se mordió su propia mano libre para no gritar, haciendo saltar la sangre de entre sus dedos.

Diez segundos... Veinte.

Conan ya no pudo más.

Lanzó un aullido cuando su brazo quedó completa mente al revés, a pesar de que se estaba mordiendo la mano.

—Más... —babeaba Lin.

Un nuevo esfuerzo, y el horrible chasquido de huesos llenó todo el gimnasio. Conan tenía el brazo roto por dos sitios. Era inútil para la lucha, pero lo peor de todo fue que no perdió el conocimiento.

Se dio cuenta de que iba a morir. De que iba a morir lenta y científicamente, a golpes, destrozado como un saco de entrenamiento al que se arroja por inservible.

Su enemigo se acercó preparando los puños.

—Pega —invitó Conan—. Pega, valiente...

Y le escupió a la cara.

El puño machacó su rostro.

Pero no llegó a descargarse otra vez, porque en aquel momento una voz gritó desde la entrada del gimnasio:

—¡Altoooo...!

Conan creyó estar soñando, haber sido transportado directamente al Más Allá.

¡Porque era la voz de Ingrid!

Ingrid no venía sola.

Apenas había puesto los pies en el umbral del gimnasio cuando se precipitaron tras ella tres policías uniformados. Lin invirtió rápidamente la posición de su pistola, que sujetaba por el cañón, para empuñarla por la culata. Su compinche aulló.

—¡Cuidado! ¡Matar a un policía significa la máxima pena!

El granuja no mentía.

Pero Lin no hizo caso.

Fue a disparar, y en ese momento Conan le arrojó con su brazo sano un juego de anillas a la espalda.

Lin se tambaleó durante unos segundos, y el disparo salió desviado.

Antes de que pudiera repetirlo, dos agentes se habían lanzado ya sobre él, inmovilizándole con una llave de judo. El otro cacheaba ya al que había roto el brazo de Conan, que tenía los brazos en alto sin pensar en ofrecer resistencia.

Lin fue derribado al suelo y allí se le colocaron unas esposas. Empezó a maldecir cuando lo sacaron medio a rastras.

El policía que había estado a punto de morir se acercó a Conan, que tenía el rostro cubierto de sangre y sudaba de angustia.

—Gracias, amigo. No solo me ha salvado la vida a mí, sino seguramente también a ese otro pájaro. Le hubiéramos matado si llega a clavarme la bala en la cabeza, como pretendía. Y a usted, ¿qué le pasa?

Miraba ahora con expresión absorta su brazo retorcido, colocado al revés como en un muñeco mal hecho.

Conan no podía contener ya más el dolor. Se destrozaba los labios para no gritar, bañándose en sangre.

El policía farfulló:

—Tiene el brazo roto... Necesita que le vea un médico...

Fue en un coche patrulla, dos minutos más tarde, cuando Conan se encontró de nuevo con los ojos de Ingrid. Bueno, con los ojos, con las rodillas y con todo lo demás. La chica iba sentada de un modo que se veía hasta el fin de una carrera muy ancha que se había hecho en una media. Sus labios rojos y túrgidos se entreabrieron al hablar a Conan.

Y lo primero que preguntó fue lo primero que suelen preguntar las mujeres en esos casos. Es decir, no se preocupó ni poco ni mucho del brazo retorcido de Conan, ni se le ocurrió que podía tener la columna vertebral hecha harina. Lo único que dijo fue:

—¿Sigues pensando en casarte conmigo?

—Ingrid... Has vuelto... A pesar de todo has vuelto...

Ella sonrió suavemente y cruzó las piernas en otro sentido. Conan llegó a olvidarse del brazo convertido en percha. El conductor, que tenía puesto el espejo retrovisor de una forma muy extraña, el muy buitre, por poco suelta el volante y se pone a lanzar gritos.

—Por una vez te he protegido a ti —dijo Ingrid suavemente—. Me extrañó que fueras al gimnasio y decidí seguirte, pues te espiaba. Llegué hasta la puerta y oí gritos y rumores de lucha. Entonces telefoneé a la policía pidiendo ayuda. Así de sencillo fue todo, ya lo ves.

—Y así de complicado. Si no llegas a aparecer tú, me vacían el cerebro a golpes. He de reconocer que me has salvado la vida, Ingrid. Y te agradezco más que te hayas preocupado por mí, puesto que así pierdes una gran oportunidad en tu carrera.

—Una agente secreto no tiene que ser forzosamente una mujer dura de corazón —sonrió Ingrid—. La verdad es que los hombres nunca me han importado demasiado, pero una cambia...

Y volvió a cruzar las piernas. Afortunadamente llegaron en aquel momento al hospital, porque si no, el conductor los mata, el muy bestia, con su espejito retrovisor mal puesto.

Allí, entre dos médicos, le hicieron sudar sangre para colocarle bien el

brazo. Luego lo entablillaron, le dejaron hecho una lástima y encima, para animarle, le dijeron que podía haber complicaciones mortales, pero que si no las había, ni soñara con mover aquel brazo en menos de tres meses.

—¿No se dan cuenta de que voy a quedar más indefenso que un pajarillo? —gruñó.

—Bueno, entonces le daremos un buen consejo: abrace a la chica por un solo lado.

Cuando la gente está de broma, no hay más remedio que aguantarse.

FIN

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZA

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros.
Los científicos que trabajan para la guerra
pueden provocar la hecatombe final.

Basta con que alguien oprima un botón en
Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



LA PELÍCULA ES UNA CINTA DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderá lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epasa

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*